

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

JULIO DE 1946

AÑO XV

BUENOS AIRES

STRA

REVISED EDITION

PUBLISHED BY THE GOVERNMENT OF

VICTORIA

1880

PRINTED BY

THE GOVERNMENT

PRINTERS

AND

BOOKSELLERS

IN

THE

COLONY

S U M A R I O

H O M E N A J E A
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

C O L A B O R A N :
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA ☆ *JUAN
RAMÓN JIMÉNEZ* ☆ *FRANCISCO ROMERO*
☆ *AMADO ALONSO* ☆ *ENRIQUE ANDER-
SON IMBERT*



J U L E S S U P E R V I E L L E
ORFEO

R A F A E L A L B E R T I
TIZIANO

D E N I S D E R O U G E M O N T
CARTAS SOBRE LA BOMBA ATÓMICA

N O T A S

Jorge Luis Borges: Nuestro pobre individualismo ☆ *Mika Etche-
behere: Itinerario de postguerra* ☆ *LIBROS, por César Fer-
nández Moreno, Eduardo González Lanuza, Vera
Macarov, E. L. Revol y Juan Adolfo Vázquez* ☆
*Lorenzo Luzuriaga: José Castillejo y el pro-
greso científico y cultural de España.*

H O M E N A J E A PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

La Comisión directiva de la Sociedad Argentina de Escritores y las autoridades del Colegio de la Universidad Nacional de La Plata me han honrado con la tristísima misión de despedir para siempre, en nombre de los escritores y los profesores secundarios, a nuestro venerable y digno compañero, Pedro Henríquez Ureña¹. Escritores y profesores unifican sus homenajes como en vida él unificó el arte de escribir y el don —que no se aprende— de enseñar. Comparten, juntos, la misma congoja que me oprime, el mismo estupor ante la increíble y cierta desgracia que enluta a las letras americanas y a la juventud que tuvo en él uno de sus más preclaros e incorruptibles maestros. Congoja y estupor que cada uno de sus compañeros en las tareas docentes y en los oficios de la pluma experimentan ahora.

En estos momentos no podemos comprender la inmensidad del desamparo en que su muerte nos deja; sólo podemos sentir la inmensidad de nuestra pena por el amigo que hemos perdido. El tiempo no podrá borrar el recuerdo de este hombre insigne, y en cambio irá dando a su personalidad la elevación con que alcance un día la talla de los más grandes evangelistas de la cultura americana. Así necesitamos alejarnos de la montaña para comprender su altura.

Poseyó Henríquez Ureña las difíciles virtudes de los hombres or-

¹ Palabras pronunciadas en el acto de su sepelio.

ganizados para el saber y obligados, por la conciencia de que el saber es un bien carismático, a transferirlo humildemente a quienes lo necesitaban. Era el suyo un saber numeroso y preciso, un saber que parecía atesorarse y acrisolarse en él para que fuera más provechoso en su dádiva a los otros. Se beneficiaban de su saber generoso los jóvenes porque él lo adecuaba al nivel de sus minúsculas necesidades, y nos beneficiábamos nosotros porque, sin proponérselo y con la misma sencillez del árbol que ofrece sazonados sus frutos sin exigir de nadie el lento trabajo de su madurez, nos ilustraba y nos corregía de los pecados originales del saber egoísta. Sabía muchas cosas de meditar y de contar, todas nobles y verídicas, recolectadas en los lugares más altos y casi inaccesibles de la sabiduría, pero sobre todo las sabía bien. Lo advertíamos en la ardua sencillez de sus ideas, limpias y claras como su letra, firmes y luminosas como las estrellas fijas; y si muchos no encontraron en esta sencillez brillante de sus ideas y de su carácter la señal de la eterna luz de las alturas, fué porque además eran castas y gentiles y habían de ser preservadas de toda profanación. Pues todo su saber era un servicio únicamente eficaz para quienes, exentos de soberbia, sabíamos que se había depurado simplificándose en la absoluta y simple unidad de la esfera.

Exactitud y orden fueron acaso las cualidades más eminentes de esa sabiduría, porque exactitud y orden participaban de la condición de la honradez intelectual en aquellos remotos límites en que se unen la decencia y la inteligencia. Su pensamiento tenía siempre la pulcritud del verso y del teorema, formas comunes y distintas en última instancia de la justicia, la belleza y la verdad con que el pensamiento se con-

vierte imperceptiblemente en una fuerza moral. Todo en su mente y en su corazón estaba regido por las normas inexorables del equilibrio y de la armonía. Era mesurado y sobrio en la palabra y en el ademán, por la misma razón con que se ajustan entre sí las piezas de los instrumentos de muy precisa afinación. Además había en tales medida y sobriedad la cautela de quien tiene el hábito de manejar las energías misteriosas del alma, cuando en ese punto de máxima eficacia que denominamos magisterio accionan por el ejemplo más que por la persuasión.

Nada de lo que existe viviente en los ilimitados dominios del espíritu le era extraño; sus inquietudes abarcaban el orbe íntegro de la cultura y se superponían en su mapa de relieves con la ilustrativa y simétrica finura de la red de los meridianos y los paralelos. Su obra mucho más meditada que escrita, iba realizándose en el decurso tranquilo de su vivir, siendo él su libro y su ley mejor elaborados. Lo que nos deja a manera de sayal en su prosa de urdimbre sólida y de suave y cálido abrigo, apenas materializa el ropaje de un cuerpo hermoso y fuerte. Aunque su ropaje en esa prosa honrada nos subyugue, no perdamos jamás la imagen nítida que de sí nos dejaba en las fases de su constante transfiguración.

Ensayista, historiador, filólogo y crítico, trabajó en las disciplinas que suelen insensibilizar el saber, cuando se lo acumula y organiza según las necesidades de las técnicas de aplicación; pero sin que perdiera en su trasiego la frescura que ese saber tenía en las obras de donde iba extrayéndolo con la delicadeza de la abeja en la flor. Cuanto produjeron la razón y la fantasía en siglos y en países diversos, él lo libó en la flor de las culturas, que es precisamente el acopio en el

tiempo más que en los pétalos de la sustancia espiritual de la sagrada tierra. Mas la sustancia de esos conocimientos sometidos al complicado metabolismo de su mente no cristalizaba en la árida erudición, sino que fluía luego en sus escritos y en sus palabras cual si la hubiese obtenido por un don carismático, formando parte y emanando, en renovados nacimientos, de lo profundo de su propio ser. Porque él creaba también cuando recordaba, restituía cuando atesoraba, y era de tan inefable bondad que nada guardaba para sí, como si su sabiduría no tuviera otro mérito ni sentido superiores que asumir el pesado trabajo de saber, para evitárselo a quienes lo recogían puro y más humano de sus labios.

Tales fueron sus cualidades más exquisitas y tales son, en fin, las raras y misteriosas cualidades de los maestros. Y para que su destino se cumpliera con plenitud y perfección, ha muerto en el camino cotidiano a las aulas, yendo a sus alumnos y a su deber, con sus libros, que eran el instrumental de su oficio, junto a sí.

Nadie sentirá en su ausencia que no existe, pues tan bien nos preparaba para cuando nos dejase que nos queda de él lo que efectivamente era inmortal.

Henríquez Ureña: éste es el homenaje que en nombre de sus compañeros los escritores y los profesores secundarios traigo como ofrenda inmarcesible a su recuerdo y que me prosterno para colocar sobre su féretro. Por mí, por mi alma atribulada y consternada, ¿qué puedo decirle, mi viejo camarada, mi querido amigo y maestro, sino que su amistad tan generosa seguirá siendo para mí una de las más preciosas experiencias de mi vida?

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

INVIERNO ANUNCIADOR

A PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

*(El invierno no sale a la muerte, sino a la primavera.
Y yo me siento ya en ese punto de mi invierno en que
la primavera me aguarda.)*

COLORES, IDEAS

Los colores que saca la luz a los cuerpos,
me levantan, me escitan, no me dejan morir;
las ideas que saca la sombra a las almas,
me perturban, me escitan, no me dejan vivir.

¿Para qué esos colores, para qué esas ideas
que nos cambian de sombra y de luz?
¿Dónde estaban?

No estaban.

¿Su destino es lucir, sombrear el morir?
Mi destino es morir el sombrear y el lucir.

CON TU LUZ

Con tu luz tú me unes a ti, sol.
Tú me unes a todo lo que luces.
Por tu luz soy más grande que todo lo que veo.

Tú eres el solo que me sacas
de mi fatal atmósfera,
en cuyo fondo,
como el pez en el agua, su agua fatal, tengo que vivir
y tengo que morir;
que me sacas de veras, a mi vista y a mi tacto casi,
(no como yo me saco en sueño)
y me llevas, viendo y casi tocando,
a formas que se corresponden casi
con mis sueños de pez y hombre.

Tú, sol, eres el único
que puedes consolarme con tu pequeñez,
más grande, un poco, que mi forma,
de no poder salir del todo de mi fondo.
Yo soy el único
que podré consolarte, sol,
con mi grandeza interna
mayor que tu grandeza interna
(si tú algún día puedes comprenderlo)

de no ser más que un astro que ilumina
los sueños de los otros y los lleva.

Tú, sol, no eres un dios,
eres tú menos dios que yo soy dios y hombre,
porque no sabes tú qué eres, qué es dios, ni qué yo soy,
y yo sé qué y quién tú eres y no eres.
Pero tú, sol, tú me llevas, tú me llevas, tú me llevas,
rodando como rueda y como ruedas,
sol, tú, con tu carbón, tu ascua enllamada,
tú me llevas
a más real distancia que ningún dios ni hombre.

PRIMAVERA 63

(Con ella y sin pájaro)

El sauce y el almendro
que vimos esta tarde en Kenwood,
allí estarán pasando su belleza
esta noche de primavera viva,
sin verse el uno al otro,
sin ellos mismos verse,
sin saber estos nombres que les damos,
sin ser vistos de nadie,

sin pájaro en su sitio;
el sauce casi verde, el casi blanco almendro
(verdoso, sonrosado)
entre la lenta bruma del bosque de colinas,
troncos, troncos y troncos negros,
hacia el poniente grana y amarillo.

Cada segundo
de aquel precioso ser y estar en flor y en hoja,
copiados por el lento riachuelillo
como el poniente grana y amarillo,
será una gracia nueva
de línea y de color,
de olor y toque,
de sabor y de oído,
en esta luna vaga que al sol ha sucedido;
sin verse el uno al otro,
sin ellos mismos verse,
sin saber estos nombres que les damos,
sin ser vistos de nadie,
ni olidos ni tocados,
ni gustados ni oídos,
el sauce casi verde, esbelto,
el blando, casi blanco almendro,
sin pájaro en su sitio;
entre la bruma lenta del bosque, troncos negros,

troncos, troncos y troncos
hacia el poniente azul y plateado.

Cada segundo suyo,
cada segundo mío,
perdiendo su belleza,
pasando mi sentido,
el sauce y el almendro
que vimos esta tarde en Kenwood,
sin pájaro en su sitio;
troncos y troncos negros,
contra el poniente grana y amarillo.

INVIERNO ANUNCIADOR

Este momento en que el invierno último
da flor y flor y flor;
flor que es entrada alegre del invierno
en las entrañas de la primavera
y anuncio de la primavera.

¡Invierno anunciador,
con tus árboles mudos, blancos, negros,
subiendo las colinas del ocaso;
bellos como escuadrones
de hombres, de mujeres y de niños desnudos,
tan hermosos de espalda que de frente;

seres entre dos vidas,
la gozada y la por gozar!

Y nosotros
(entre los árboles, los árboles desnudos
que llenan
de su redondo ser todas las lomas)
tan hermosos de frente que de espalda,
tocados de amarillo sol radiante,
tan hermoso de espalda que de frente,
que se va, no al poniente a terminar,
no al fin sino al principio;
que no nos dice transparentes de él
“Quedaos atrás con dios”, sino “Vendré mañana,
mañana de mañana,
y bien seguro”.

¡Conque todo,
tierra, trabajo, amor y muerte, hasta mañana!

SOBRE LO VERDE FIJO

¡Mira el laurel
lleno de nieve!
¡Qué azul tan blanco,
qué hermoso invierno!

No, luz, es mayo,
es mayo pleno;
no, amor, son rosas
para guirnaldas
de la belleza
que es de después;
donde lo frío
no es frío, es blanco
completo, unánime
sobre lo verde
fijo.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

UN HUMANISTA DE NUESTRO TIEMPO

Acaso ninguna designación convenga más a Pedro Henríquez Ureña que la de humanista. Fué —cosa exquisita y rara— un humanista de nuestro tiempo, y con ello creo yo que dió la mejor lección de su fecunda vida de maestro.

El humanismo consiste en la asimilación de la cultura, en su incorporación al espíritu en los términos de una profundización y potenciación de lo esencial humano. La humanidad crea la cultura en un esfuerzo plural nunca interrumpido; la cultura ofrece aspectos puros, libres de cualquier escoria, en los que se manifiestan las capacidades y los anhelos más elevados del hombre — y otros de menor dignidad, de índole práctica, utilitaria. El humanismo es la concentración personal de aquel primer aspecto o sector de la cultura, su reconducción al hombre, el enriquecimiento del individuo con todos los bienes de orden superior producidos por la especie, la animación del tesoro disperso al ser encarnado en una persona humana.

La edad de oro del humanismo fué, como se sabe, el Renacimiento. Deslumbrado el Renacimiento por la recién descubierta Antigüedad, ser humanista era en esa sazón apropiarse intelectualmente los más sustanciales contenidos de la cultura greco-romana y aun asumir acaso algunas formas exteriores de la vida antigua, todo con señalada preferencia por la dimensión estética. Erudición y humanismo iban entonces de la mano y casi se confundían, porque mediante la erudición y sólo por ella se allegaban todos los elementos humanísticos. La cultura antigua estaba

terminada, completa desde hacía muchos siglos; se veía en ella la perfección misma, el ejemplar por excelencia de toda cultura humana. Hacerse dueño de ella era poseer las partes y el todo, la exterioridad y el sentido, un conjunto de formas y una concepción de la vida y del mundo. En realidad, sólo entonces se ha dado el humanismo como fenómeno común, porque sólo en esa ocasión se dispuso de un procedimiento relativamente simple para adquirir y dominar las “humanidades”, procedimiento que no era sino la apasionada proyección del interés —servido por la erudición— sobre la imagen de la Antigüedad, fijada por su acabamiento e idealizada por el miraje retrospectivo, recapitulada en las palabras de los escritores y en las figuraciones de los artistas.

Desde ese período casi no hay humanistas. No es difícil comprender el motivo, si se atiende a lo dicho. Juzgaba el Renacimiento que los supremos bienes culturales eran la herencia de una época pasada, y ni siquiera inmediatamente pasada, sino distante y apartada del presente por un largo intervalo, y por lo mismo bien recortada y definida. Esos bienes eran vistos en una perspectiva lejana que permitía contemplarlos en su natural ordenación, espontáneamente jerarquizados, depurados por el mucho tiempo transcurrido; el acceso a ellos resultaba estimulado por su misma presencia. Cuando, a partir del siglo XVII, cesa la sugestión omnímoda de la civilización antigua, su absoluto prestigio, quienes siguen sintiendo la vocación de la Antigüedad se quedan en eruditos o se convierten en un género de especialistas, aunque indebidamente se continúe denominando “humanidades” a esos estudios. El hombre moderno busca nuevas interpretaciones de su ser y su contorno, ensaya expresiones adecuadas a su sentir de la vida y de las cosas, y se preocupa ante todo por la cultura en trance de constitución, por la que él mismo va creando afanosamente. Pero no acierta a transformar esa cultura en humanidades. En la primera etapa de la Edad Moderna, las mentes mayores se agotan en la faena creadora, y las demás no

pueden pensar todavía en asimilar en términos de cultura personal lo que por ninguna parte aparecía ordenado, armónico, estable, cabal. Después, terminada la laboriosa gestación de la civilización moderna, conspiran contra el humanismo tres o cuatro maneras de barbarie culta o de alta barbarie: la barbarie del especialismo, la del activismo cultural, la de la erudición por la erudición pura, etc. La no aparición de un humanismo nuevo, en consonancia con los nuevos tiempos, es sin duda un hecho sobremanera lamentable, pero no deja de ser comprensible y aún parcialmente justificable. El humanismo, en suma, consiste en convertir en cultura personal lo más excelso de la dispersa cultura objetiva. El humanismo, para el varón renacentista, era empresa bien diferente que para el hombre moderno. Aquél recibía su humanismo por vía hereditaria; le bastaba forjarse la llave de la disciplina erudita para abrir el arcón donde estaba depositado el tesoro. Éste, en la palpitante vida de la cultura actual, entre la multiplicidad de sus expresiones y formas y el fragor de sus contradicciones, debe pugnar por un orden y arbitrar criterios y normas, tiene que establecer tablas de valores y que atender a los últimos brotes del espíritu, para extraer y apropiarse lo más genuino y válido. Todo ello requiere dotes excepcionales de muy vario jaez, y acaso por sobre todas ellas la convicción de que es un deber para el hombre —quizá el sumo deber— hacer anidar y vibrar en sí, como compendio y sentido, lo más preclaro de la cultura humana.

Ya de por sí es ocupación ardua esta reconducción al foco individual de una cultura que no se divisa como ve el navegante a lo lejos la costa de un país encantado, con sus relieves y sus ciudades de líneas claras y rígidas, sino que la mira moverse a su alrededor, como las olas que sustentan y sacuden su nave, en constante vaivén. Pero intervienen además los impedimentos o vicios indicados antes. El hombre moderno se erige en empresario del mundo, obedece al evangelio del hacer;

ha perdido el gusto por la contemplación hasta tal punto, que quien ose acusar esta carencia debe estar abroquelado contra la tacha de necedad o de ridiculez. La cultura es ante todo para él creación cultural, y no es extraño —aunque sea tan absurdo— que se desentienda de la cultura realizada, un poco como el cazador deportivo que se goza en lograr la pieza y la arroja luego a sus perros. Nunca se apreciará bastante —huelga decirlo— la actividad descubridora o creadora, pero no olvidemos que la cultura es propiamente lo descubierto, lo creado, ingente riqueza sobre la cual tantos meritorios acrecentadores de las ciencias y las artes apenas echan de vez en cuando una mirada displicente. El especialismo cultural, por el cual el hombre se muda en utensilio tan eficaz como automático, ha sido suficientemente denunciado y criticado, y no hay por qué insistir sobre él aquí; se combina con frecuencia y aún suele fundirse con el activismo recordado hace un instante, pero no debe confundirse con él, porque el especialista puede ser un conocedor y no un creador, y porque una cosa es sobreestimar el hacer cultural y menospreciar la cultura, y otra enclaustrarse en un recinto, a veces de mínima extensión y menor alcance ideal, e ignorar a conciencia y hasta ostentadamente todo lo demás. Tampoco es indispensable una mención detenida de la erudición sin orden ni concierto, especie de manía de coleccionista que resultaría inocente si no fuera por lo común presuntuosa, amontonamiento de hechos sin esa supeditación del hecho a la significación que es exigencia del saber en el humanismo verdadero.

Nos enorgullecemos de nuestra cultura, y con razón, pero hemos descuidado proponernos con seriedad la pregunta del para qué o del para quién de nuestra cultura. La cultura, flor y ápice de humanidad, no puede limitarse a ser un mero ejercicio de quienes la producen; tampoco puede satisfacer que su disfrute y aprovechamiento sea parcelario, porque así se fomenta una nociva unilateralidad y hasta una funesta ceguera para capitales dimensiones humanas. Importa reedi-

ficar a la moderna la noción de las humanidades, noción todavía tan confusa y trasnochada que para muchos no hay humanidades si no asientan sobre los clásicos pilares del griego y del latín, como si no hubiera ocurrido nada desde el siglo XVI.

La creación y el especialismo son vocación y oficio. El humanismo es varias cosas al mismo tiempo y puede darse en planos distintos. Es vocación pero también deber, porque hay quienes sienten como obligación albergar en sí los logros más puros y nobles del esfuerzo humano. Puede ser, además, profesión, y yo creo que de las más necesarias y urgentes, para que nuestra civilización cobre conciencia de sí y vaya perfilando el órgano capaz de abarcarla en su conjunto y, en lo posible, de inspirarla o de gobernarla. Y tiene que ser cada vez más asunto de muchos, porque es la ciudadanía en la cultura, la actitud de juzgar cosa propia y entrañable cuanto ha producido el espíritu en saber y belleza, en el orden de los fines últimos y en el de la conducta. Mientras no acertemos a concertar un nuevo humanismo, por un lado irá la cultura y por otro el hombre, y aún parte considerable de la cultura será carga y hasta perjuicio para el hombre.

Pedro Henríquez Ureña ha sido un humanista a la moderna. Ningún recinto de la cultura le era extraño y por todos transitaba con paso firme, tan ajeno a la inseguridad como al alarde. Cuando se atendía a su horizonte intelectual, sorprendía por lo vasto y por no mostrar huecos. Pero apenas se lo trataba un poco de cerca, se advertía que lo principal en este hombre de saber no era el saber mismo, sino la perfecta asimilación de lo sabido, que había pasado a ser sustancia suya propia. Este adentramiento y elaboración personal, juntamente sin duda con otras excelsas dotes de su inteligencia, producían en él esa prontitud y certeza en el juicio de que hemos aprovechado tantos — acaso todos los que tuvimos relación próxima con él. Con dos palabras sucintas, cuando no era indispensable más, corregía falsas es-

timaciones o descubría valores poco visibles por su misma severa autenticidad, restablecía el debido orden. Éste fué uno de los méritos de Henríquez Ureña: esclarecer y crear el orden por dondequiera que iba. Y lo hacía de ordinario (ya se verá por qué digo “de ordinario”) tan suave y apaciblemente que casi no se reparaba en ello; su opinión era en sí tan justificada y convincente que los demás solían al punto tomarla por la propia. Su respeto por lo demás era extremado, y jamás se le ocurría imponer sus pareceres. Su habitual dulzura era condición del ánimo y natural refinamiento; torpe error hubiera sido tomarla por la debilidad que usurpa el puesto y la apariencia de la bondad en tantos casos, o por indecisión en las convicciones y falta de aptitud o de interés para sustentirlas. Quienes no lo conocían a fondo se sorprendían de la energía que demostraba a veces este hombre por lo común tan medido y circunspecto, del vigor con que esgrimía sus argumentos, sin cejar un punto en lo que consideraba la defensa de una cara verdad en peligro. La réplica terminante y aun acerada solía brotar cuando le tocaban irrespetuosamente el tema de su América, o cuando se trataba de la conducta, o cuando se abordaba ante él el tema político y se ponían en duda los valores de la libertad y de la democracia.

Pero por lo general esta energía suya no llegaba a manifestarse; esto es, no asumía formas visibles y tangibles. Fué, salvo excepciones, la oculta pero siempre tensa energía del que cumple a conciencia un destino. En su vida, pura y limpia, es fácil ver lo que hizo, si bien no todo lo que hizo; no tan sencillo es advertir lo que se negó a hacer por respeto a sí mismo, y no me refiero a lo que repugna naturalmente a todo hombre de bien, sino a esas otras cosas sutiles e impalpables que cualquiera puede realizar o consentir sin vituperio, con un poco de elasticidad y de transigencia. Este varón tan suave era, cuando correspondía, la intransigencia suma. En lo tocante a normas de vida,

Henríquez Ureña era inflexible; estuvo siempre en su sitio, y no toleró que nadie pudiera equivocarse sobre cuál era ese sitio. De ahí que no sacara ganancia ni en el mercado de las granjerías ni en la feria de las vanidades. Y quede este punto escabroso para otra oportunidad, porque acaso pusiera un poco de indignación en estas páginas, que no pretenden ser sino de homenaje al inolvidable amigo que ya no es sino recuerdo y ceniza.

Hombre de tantos y tan peregrinos saberes, de tan afinada sensibilidad para las artes, de tan estricto ejercicio y noción del deber, la resultante por decantación de todo esto no fué sólo la capacidad sorprendente para el juicio pronto y casi infalible. También era admirable en él el equilibrio, la armoniosa economía de su espíritu. Tal equilibrio está patente en su versación múltiple y en todo lo concerniente a su actividad profesional y literaria. Pero no termina ahí, y se establece además entre esta esfera y la de su vida personal. Es frecuente olvidar en nuestros días que la cultura es trato del sujeto con la cultura objetiva — y trato con las personas; que la relación personal es parte elevadísima y principal de la vida humana, a condición, claro está, de que no busque el trueque de chabacanerías ni el arrimo de las conveniencias, sino que ofrezca y demande lo mejor de cada uno. Yo he conocido poquísimos hombres para los cuales el trato personal fuera asunto tan serio e importante como para Pedro Henríquez Ureña. En nuestro enorme y disperso Buenos Aires, el encuentro amistoso ocasiona molestias y aún costosos sacrificios, y más para quien tiene muchas horas de agotadora labor, como él las tenía. Pero nada fué obstáculo suficiente para que renunciara a lo que sentía como gozo y deber del civilizado: el intercambio vivo de ideas, el afectuoso departir con los afines, la activa convivencia social. Con ello también nos deja un ejemplo. Para la gente desocupada y trivial, la más dada a juntarse, el reunirse no es sino un modo agradable de ejercitar la trivialidad y

de consumir un tiempo inútil. Quien valora su tiempo y su trabajo, por el contrario, suele ir hurtándose a la compañía, y únicamente transige con ella como descanso o concesión cortés. Henríquez Ureña practicó la amistad sin reservas, sin escatimar sus horas ni sus verdades; la cortesía era para él lo que debe ser: forma amable de un contenido veraz, y no cáscara vacía ni mansa adaptación al querer ajeno. Espontáneo bajo la tranquila contención, afectuoso y sabio, el amigo disimulaba al maestro, pero en resumen resultaba lección tanto la amistad como la sabiduría.

Así veo yo el perfecto humanismo suyo, como una preocupación simultánea y equivalente por las formas en que cuaja el espíritu en las creaciones del hombre — y por el hombre mismo; como una atención pareja a las cosas nobles y a las almas. Por eso su puesto natural estuvo en los reducidos grupos cordiales donde el cálido interés amistoso se asocia al gusto por las ideas, y en ellos su ausencia nunca llegará a ser olvido, sino una acongojada presencia en veneración y en recuerdo.

Este cumplido humanista fué también un gran americano; fué, mejor dicho, un “buen americano”. El “buen europeo” ha sido siempre un sueño, el generoso sueño de la reconciliación de una Europa fatalmente dividida por fronteras raciales, lingüísticas, religiosas, culturales. El “buen americano” es otra cosa: es la expresión personal y viva, la conciencia de la unidad profunda y esencial del Continente y sus islas; si se quiere, la buena americanidad es también un sueño, pero el sueño que puede y debe ser realizado por la mañana al despertar. Henríquez Ureña vivió su americanismo como realidad y como ideal, como una realidad para él, que pretendía y fervorosamente anhelaba fuera realidad para muchos. Pocos como él han conocido y amado la historia, el paisaje y la cultura americana, pocos han penetrado tan adentro en el corazón de estas tierras, en el corazón único que late en comarcas tan separadas entre sí por la distancia geográfica y por el descuido en

vencerla mediante adecuada comunicación. América era asunto predilecto en sus estudios y meditaciones, y hasta habría razones para calificar el suyo de americanismo militante. Quiero recordar algo que viene al caso, uno entre muchos otros indicios de su vigilante y permanente preocupación americanista. Hace algunos años, tres amigos resolvieron reunirse en largas sesiones semanales para conversar y discutir sobre el tema de América; sobre el ser, proceso y destino de lo americano. Uno de estos amigos era Pedro Henríquez Ureña; otro, Alfonso Reyes, que ejercía por entonces entre nosotros la representación diplomática de su país. Menos docto en americanidad, el tercero —tercero en concordia—, aunque no eludía la intervención activa, prefería aprender de tales maestros. Las reuniones se prolongaron bastante y sólo cesaron por impedimentos ocasionales, cuando se proyectaba incorporar otros amigos al pequeño grupo. Se tomaron abundantes notas, creo que al final hasta taquigráficamente, que quedaron en poder de Alfonso Reyes. Un aliciente singular y desacostumbrado prestaba a estas reuniones su carácter privado y hasta la carencia de cualquier propósito ulterior y ajeno a la aclaración mutua, muy en el espíritu de los participantes, que de ninguna manera excluían —antes favorecían— el entusiasmo y la seriedad en los análisis. Henríquez Ureña y Reyes eran inagotables en la referencia erudita, en la comprobación personal, en el brillante hallazgo al azar de la conversación. Téngase en cuenta que nuestro desaparecido compañero acudía sin falta a estas citas frecuentes después de muchas horas de trabajo intelectual; este hombre, cuyo tiempo estuvo tan ocupado, siempre halló tiempo disponible para cuanto tocara a la inteligencia o a la amistad.

El americanismo de Henríquez Ureña se fundía con su humanismo, sin mengua de la universalidad. Es natural y lícito que nuestro humanismo se nutra ante todo con esencias occidentales — y América, a pesar de lo mucho autóctono que en ella pervive, es en cierto modo síntesis

y recapitulación del Occidente. El alma occidental cobra en ella un sentido nuevo por esa síntesis y también por una nueva valoración del hombre, entre cuyos motivos están las ansias de libertad de los europeos trasplantados y los anchos escenarios, propicios al despliegue de toda capacidad y autonomía. La vieja cultura que nos viene desde los griegos, enriquecida con tan varios y sustanciales aportes, no sólo recibe el aporte peculiar americano, sino que experimenta una general reestructuración, asume ritmos distintos, se mueve según una dinámica nueva. Es como si esa cultura ilustre, que en otras partes ha pesado más de una vez sobre el hombre y lo ha llevado por sendas de extravío, se re-humanizara y anunciase la posibilidad —no pretendo adelantar imprudentemente otra cosa— de adaptarse toda ella con fidelidad a los supremos fines humanos. Así el americanismo de Henríquez Ureña, nacido de su amor a estas tierras suyas y fortalecido en la continua meditación de cuanto concierne a ellas, se identificaba también con su consustancial propensión humanista, por su fe en los altos destinos americanos de la cultura de Occidente.

FRANCISCO ROMERO

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA INVESTIGADOR

Tres humanistas de primer orden, tres grandes investigadores de las letras ha producido hasta ahora nuestra América: Andrés Bello, Rufino José Cuervo y Pedro Henríquez Ureña. Los tres compartieron el destino de vivir la mayor parte de su vida fuera de la patria natal. El venezolano Bello, en Londres y en Santiago de Chile; el colombiano Cuervo, en París; el dominicano Henríquez Ureña en Cuba, en México, en Estados Unidos, unos pocos años en Europa y muchos en la Argentina. Los tres sintieron con honesta conciencia la existencia de una patria más grande, y la vida en tierras de lengua extraña aclaró en sus mentes lo que de patria común tiene un idioma común. Por esto fueron los tres valerosos y tenaces defensores de la unidad lingüística hispanoamericana. Cuervo fué un filólogo de gabinete, un solitario que, al abrigo de moderados bienes de fortuna, dedicó todas las energías de su vida a acumular saber en cuestiones de la lengua española, y en eso fué más lejos que ningún otro hombre de su tiempo. Henríquez Ureña, sobre todo en su etapa argentina, que ha alcanzado los veintidós más maduros años de su vida, también ha sido un hombre de gabinete y un eximio especialista, sino que nunca solitario y, ¡claro!, con su propio estilo, como Cuervo con el suyo. Y si Bello pasó la segunda mitad de su larga vida en Chile, entregado a modelar con sus manos la fisonomía cultural del naciente país, Henríquez Ureña empezó esa labor desde joven y su campo fué un México post-revolucionario, mucho más denso y maduro que el Chile de los tiempos de Bello. Y fué, para usar las certeras palabras de Francisco García Calderón, "el joven Sócrates" que formó o ayudó en mucho a formar las mentes ávidas y serias de una brillante generación de escri-

tores y artistas mexicanos, entre los que me complace citar a Alfonso Reyes, Antonio Caso, Manuel Cossío Villegas, Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint y Diego Ribera.

Bello fué un hombre de talento múltiple: poeta estimable, político, pedagogo de acción, jurista eminente y gran filólogo, pero con los inevitables sacrificios aun en hombre tan dotado: al cabo de muchos años de trabajo tuvo que desistir de dar cima a su obra filológica de mayor ambición, un estudio del *Poema del Cid*. Henríquez Ureña tenía una cultura múltiple, pero se especializó en una sola disciplina, fiel a las exigencias de su tiempo, como Bello a las del suyo.

Con sus virtudes comunes y sus dotes peculiares, Bello, Cuervo y Henríquez Ureña son la honra de América en los estudios humanísticos; los tres, pares entre los grandes de otras tierras.

Me ha parecido bueno aducir tan ilustres antecedentes sólo para poner a Henríquez Ureña en el nivel que le corresponde, y como nota previa para trazar la silueta de su personalidad de investigador.

Y realmente su personalidad de investigador es su personalidad sin más; su estilo de investigación es su estilo de vida, su misma rara modalidad de exponente completo de la cultura integral en una época de fragmentaciones. Se sentía partícipe en todas las creaciones del espíritu. Siendo hombre de letras, atrajeron siempre su respetuosa atención las ciencias fisicomatemáticas y biológicas, y sus conocimientos básicos en ellas le fueron toda su vida suficientes para seguir con interés y comprensión tanto la historia de las ciencias como sus formidables progresos modernos. La música, la plástica, las artes del espectáculo, las letras eran suyas doblemente por el complementario disfrute de la contemplación estética y de la comprensión intelectual. El deleite estético no era completo en él sin la intelección crítica de la estructura de la obra, que reclamaba a su vez la inserción en la historia de la cultura. Y a la inversa: mera historia sin participación cordial en las creaciones mismas del espíritu, no cabía en su estilo. Este modo de ser era también su estilo natural en la investigación, y es el que llamó justamente la atención y

despertó adhesiones y simpatías ya desde su estudio de 1913 sobre *Don Juan Ruiz de Alarcón*, cuya simplicidad dentro del siglo clásico español descifró Pedro Henríquez Ureña con sagacidad, nitidez y sobriedad incomparables: rasgos mexicanos de aquella época, históricamente comprobados por el mismo Henríquez Ureña, forman el marco de una individualidad cuya principal cualidad es la trasmutación de elementos morales en elementos estéticos. Este breve y luminoso estudio se tradujo en seguida al francés, y pronto su interpretación de Juan Ruiz de Alarcón se incorporó a todos los manuales de historia literaria.

El mismo estilo, tan orgánica compenetración de disfrute estético, de crítica y de interpretación histórica, admiramos en sus investigaciones sobre Sor Juana Inés de la Cruz¹ o sobre Pérez de Oliva,² o sobre *El endecasílabo castellano*,³ o en *La versificación irregular en la poesía castellana*⁴. Éste es su libro más famoso, y con justicia, porque en él se revoluciona el conocimiento de los metros poéticos españoles, o para ser más exacto, el de un modo de versificación que resulta ser el primitivo y que, desde los albores de la poesía, ha seguido cultivándose hasta hoy. Una versificación que no se apoyaba en el número de las sílabas ya había sido reclamada por Menéndez Pidal y otros para el *Cantar de Mio Cid*, y la idea se afianzó grandemente cuando se descubrió un fragmento de un nuevo cantar de gesta del siglo XIII publicado por Menéndez Pidal en 1917 con el título de *Roncesvalles*. Pero la idea de la irregularidad silábica en la versificación antigua tenía muchos y apasionados impugnadores, que interpretaban los versos irregulares como meras torpezas de copistas o, cuando más, como inhabilidades de poetas primerizos, no siempre capaces de realizar sus propios esquemas rítmicos. Hasta que el libro de Henríquez Ureña hizo imposible toda duda con sus revelaciones de los hechos y de su sistema: no sólo eran de sílabas irregulares

¹ *Clásicos de América*, en *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, 1931.

² *Estudios sobre el Renacimiento en España: El maestro Hernán Pérez de Oliva*, La Habana, 1914.

³ Buenos Aires, 1945.

⁴ Madrid, 1920, segunda edición, 1933.

los versos de los viejos cantares de gesta, sino también poemas y cancioncillas breves, y, cuando aparece con el mester de clerecía el nuevo arte de contar las sílabas, sigue viviendo junto a él, alternando con él, el modo tradicional de irregular silabeo. Y se sigue cultivando no sólo entre los poetas anónimos de las coplas y canciones populares, sino en manifestaciones especiales de carácter lírico de los poetas más conscientes y cultos, empezando por Alfonso el Sabio y don Diego Hurtado de Mendoza, el viejo (siglo XIV); luego durante casi dos siglos la versificación irregular parece asilarse en las canciones populares, ya que la ufanía de las sílabas contadas impedía a los poetas cortesanos cultivarla; pero a fines del siglo XV renace con vida variadísima y es la gala de los *Cancioneros*, en formas íntimamente unidas a la danza y al canto. Vemos a Juan del Encina, Gil Vicente, Fray Ambrosio de Montesino, Cristóbal de Castillejo, Boscán, Santa Teresa, Baltasar del Alcázar, San Juan de la Cruz, Góngora y especialmente los dramaturgos, Lope de Rueda, Juan de Timoneda, Cervantes, Lope, Tirso, Calderón, hacer, recoger o adaptar canciones líricas de tipo irregular, con la avasalladora comprobación de que “el apogeo de la versificación irregular en las manifestaciones cultas de las letras castellanas coincide con la época de mayor esplendor del teatro, a la vez del profano y del religioso”. Otro eclipse sufre con las ideas académicas en los siglos XVIII y XIX, pero resurge, siempre fresca y lozana, con Rubén Darío precisamente en su libro bonaerense *Prosas profanas* y, tras Darío, lo cultivan el boliviano Ricardo Jaimes Freyre, y más brillantemente el peruano José Santos Chocano, el argentino Leopoldo Lugones y los españoles Juan Ramón Jiménez, los Machado, José Moreno Villa, Valle-Inclán. Y aun después de este libro lo han seguido cultivando, en las últimas generaciones, poetas de virtuosismo popular como Rafael Alberti y Federico García Lorca, aparte del versolibrismo de Pablo Neruda y secuaces.

Tan ingente masa de información se organiza en las manos de Pedro Henríquez Ureña en perfecto orden, y desfila disciplinadamente obedeciendo con eficacia a las ideas histórico-poéticas que presiden la in-

vestigación. Pues la conquista y revelación de este libro ejemplar en la historia literaria no consiste principalmente en haber demostrado la existencia de la versificación irregular durante ocho siglos, sino en haber puesto la cuestión en términos positivos, en haber descubierto los módulos rítmicos creados por las mentes inventivas de los poetas de todos los siglos, y los apoyos materiales que los hacen en sí satisfactorios y poéticamente eficaces sin necesidad del isosilabismo utilizado en otras construcciones. Otra vez la estructura, su historia y el goce estético, integrando el estilo de investigación de aquel maestro inolvidable.

En sus estudios puramente lingüísticos, la necesidad de integración se le satisfacía de manera adecuada. Los datos lingüísticos, cuidadosamente comprobados y discernidos según su distribución geográfica y su uso social, reciben luz de la historia de las colectividades que los emplean. Y así es como a Pedro Henríquez Ureña cabe el honor de haber sido el primero en plantear la interpretación genética de los principales caracteres del español americano sobre bases realistas y críticas, sin los prejuicios impresionistas que lo daban como mera prolongación del lenguaje de los andaluces; y el primero también en describir y ordenar su complejidad regional, anulando la idea simplificadora que de él se hacían hasta entonces los lingüistas. Su primera investigación, ya clásica, se titula modestamente *Observaciones sobre el español de América* (Revista de Filología Española, 1920), de la que es prolongación y complemento su libro *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América*, Buenos Aires, Instituto de Filología, 1932. La historia e interpretación del español americano le debe otros libros magistrales, con las mismas cualidades de estilo. Aquí sólo quiero mencionar *Para la historia de los indigenismos* (Buenos Aires, Instituto de Filología, 1938), conjunto de monografías sobre *papa*, *batata*, *ñame*, *boniato*, etc., en donde se identifica la historia de las palabras con la historia de las cosas nombradas, y ambas con la historia cultural de indígenas y españoles, con la historia de la alimentación en el mundo occidental y, por tanto, con la historia de su economía. Y mencionaré también su

libro ejemplar *El español en Santo Domingo* (Buenos Aires, Instituto de Filología, 1940), en que se recogen, clasifican e interpretan los caracteres lingüísticos de la isla de Colón, en constante alusión a las modalidades culturales de los dominicanos y a su historia. En otro volumen de la misma colección (la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*) Pedro Henríquez Ureña ha reunido y clasificado, dándole interpretación y orden estrictamente técnico, una ingente masa de materiales dialectales de muy diversa procedencia, con el título de *El español en México, los Estados Unidos y la América Central*, una de las seis regiones americanas establecidas por él en 1920.

Pero le faltaba darnos el libro de la plena sazón, el libro integral sobre la historia de la cultura hispanoamericana que de su privilegiada organización mental teníamos derecho a esperar: un libro en que la historia literaria, la idiomática, la del libro, la de la imprenta y la de las universidades aparecieran armonizadas y engranadas con la historia general de los pueblos de América. Y ese libro esperado es el que estuvo haciendo los últimos siete años de su vida. Primero lo ensayó en las seis conferencias de su memorable curso en la Cátedra Elliot de la Universidad de Harvard, y luego lo ha estado madurando y puliendo hasta este mismo año. Con su modestia natural, y con su hábito de que sus títulos se queden cortos en promesas, el libro se llama *Corrientes principales en la literatura hispanoamericana*. Como a todo investigador de ley, el descanso le llegó en pleno trabajo y bullendo de proyectos.

AMADO ALONSO

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Muertes como ésta nos dejan desamparados porque él fué como un padre.

Pertenecía a la estirpe americana de patriarcas —Bello, Hostos— que fueron legando a una larga descendencia la tradición civilizadora. Hombre magistral, no podía recordar la deuda de cada discípulo. Había perdido la cuenta. Además, hacía el bien casi sin advertirlo. Era, en verdad, un educador de pueblos.

Don Pedro había ya suscitado entusiasmos y reformas en la generación mexicana del Centenario cuando en 1924 vino a la Argentina, a enseñar en el Colegio Nacional de La Plata.

Allí estábamos nosotros, correteando por los jardines, al lado del bosque, del lago y de la gruta. Y llegó don Pedro.

Los primeros días lo vimos como envuelto en una atmósfera de Caribe, cálida y ensombrecida de palmeras. Caminaba a pasitos cortos por las galerías del Colegio, con un libro en la mano. Se detenía y, en el aire, inventaba una papeleta. Lo mirábamos con curiosidad: ¡qué medida!

Luego lo vimos entrar al aula, y por primera vez supimos qué era la poesía y quiénes la hacían. Tenía una rotunda voz de bajo, tenía unos ojos muy negros que sin esfuerzo lo veían todo, tenía una sonrisa irónica y dulce con la que nos dirigía.

Luego lo vimos andar por las calles de La Plata y encontrarse con otro americano excepcional: Alejandro Korn. Y en aquella limpia aldea el diálogo de esos dos hombres creó una tensión nueva. La amistad con don Pedro, con el viejo Korn, ha sido desde entonces “un título socrático”.

Luego lo vimos en la intimidad. Nos llevó a su casa, nos enseñó a vivir y a pensar, a oír música y escribir cuentos, a leer los clásicos e informarnos de las ciencias, a disfrutar de las literaturas modernas en sus lenguas originales, a conversar, a gustar de la pintura, a trabajar y apreciar el paisaje y la bondad. Sobre todo, nos enseñó a ser justos: “El ideal de justicia —fué su primera lección, en 1925— está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual”.

Convergían en él grandes tradiciones de cultura: y aun racialmente estaba todo concentrado de humanidades. Y lo que a nosotros nos asombraba era que tanto saber y tanta comprensión pudieran mostrarse así, sencillamente. Nos prendíamos a su paso como sombras humildes y él nos levantaba, nos ponía frente a frente, y nos hacía personas. Siempre estaba ocupado y sin embargo siempre nos acogía. Renunciaba con tal naturalidad al primer rango que muchas veces rompíamos a hablar, alocados, de igual a igual. Y eso era lo que le gustaba, porque amaba la sinceridad y el ímpetu de los jóvenes. Él mismo ¡qué joven, qué joven era! Hasta el momento de morir, la juventud se le asomaba en la ternura del trato, en la picardía de la mirada, en la súbita avidez ante algo nuevo, en el tímido porte, en el arrebatado apasionado a favor de un principio moral. Tan juvenil, que nuestro respeto era puro respeto a su espíritu: no nos cohibía su edad, nos cohibía su talento. Después de escucharle por horas —una conversación que nacía en su cuarto y continuaba en el tranvía, en el restorán, entre la muchedumbre de las calles y duraba hasta la madrugada sin que el tumulto de fuera la interrumpiera o rebajara de tono— nos volvíamos a casa, desanimados: ¡qué poco éramos comparados con él, qué pobres al lado de tanta abundancia, qué vulgares y débiles! Porque estaba tan magníficamente dotado que sus experiencias sobrepasaban las nuestras, y al hablar esas experiencias acudían, cabales y oportunas, organizadas estéticamente al modo del ensayo inglés. No había titubeos, no había rebuscamiento, no había fatigas. Aun su voz, grave, lenta,

señorial, daba a la palabra dignidad de arte. Los temas pasaban ágilmente, en vivos destellos, como si fueran nuevecitos, recién creados por él. No podría ahora evocar a don Pedro: no tengo ganas de hacer literatura. Pero alguna vez, cuando yo esté más sosegado, procuraré mostrar que lo genial de don Pedro no era sólo esa abundancia, sino la espontánea gracia de atleta con que se manifestaba, de atleta entrenado en los estilos más difíciles. Después de escucharle, pues, nos volvíamos a casa, desanimados: nos sentíamos confusos, ignorantes, torpes, desmemoriados, obvios y mezquinos. Pero él mismo se encargaba de reanimarnos porque, olvidado de sí, se nos prodigaba en la tarea secreta de ayudar y luego de hacer como que esa ayuda no tenía importancia. Si yo he aprendido a escribir, a él se lo debo: lápiz en mano, me corregía mis cuentos, mis ensayos; a veces me aconsejaba que los destruyera, y yo los destruía; a veces me elogiaba, pero muy sobriamente y exaltando en mí la ambición de trabajar contra el éxito. Así, contra el éxito, trabajó él. Su lúcida y generosa inteligencia, su clara memoria, la universalidad de su gusto, su fino sentido humorístico, el decoro de su conducta y esa precisión suya, tan distinguida, nos ofrecieron durante años un pasmoso espectáculo de hombría. Tan ejemplar fué, que cuando queríamos mejorarnos nos bastaba con pensar en él.

Quienes tuvimos el orgullo de ser sus amigos sabemos en cuánto excedía su grandeza al tamaño de su obra escrita. Sus libros muestran sólo un lado —casi profesional— de su vocación humanística. Por eso nunca me perdonaré el no haber sido su Boswell. Aun su último libro —*Literary currents in Hispanic America*—, con ser tan completo, no revela todas sus visiones fundamentales de América. Alguna vez dije que don Pedro, en tanto escritor, se parecía a aquel célebre compositor de himnos de una sola nota de que nos habla Jean Giraudoux en *Amphitryon* 38:

SOCÍAS.—...No hay más que una nota en tu trompeta.

EL TROMPETA.—No hay más que una nota en mi trompeta, pero soy compositor de himnos.

SOCÍAS.—¿Himnos de una sola nota? Acaba de una vez. Orión luce.

EL TROMPETA.—Orión luce; pero si soy célebre entre los trompetas con una sola nota es porque antes de tocar, con la trompeta ya en la boca, imagino primero todo un desarrollo musical y silencioso del cual mi nota es la conclusión.

En *Literary currents* se oye, aguda, la nota erudita; pero la conversación de la que esa nota es sólo un término era mucho más maravillosa.

Cuando anuncié a don Pedro que escribiría sobre su último libro me contestó: “sea usted objetivo; límitese a informar sobre el contenido”. Y escribí, días antes de su muerte, las páginas que siguen, no sé si tan objetivas como él las hubiera tolerado, pero demasiado frías ahora que nos hemos quedado en esta orilla, solos.

*

Es común que el autor de historias literarias hispanoamericanas, un poco por pereza, clasifique sus materiales mediante el ejercicio combinado de tres criterios más o menos impersonales: el criterio cronológico, que en el mejor de los casos, cuando no nos habla de siglos vacíos, señala los períodos políticos de la Colonia, la Independencia, la Anarquía y la Organización; el criterio geográfico, que rompe la unidad cultural de América en veinte ilusorias literaturas nacionales; y el criterio retórico, que filia a cada obra dentro de las escuelas barroca, neoclasicista, romántica, modernista o, lo que es peor, dentro de los géneros poesía, drama y novela. Tan impersonales son estas clasificaciones que el historiador suele emplearlas sin haber leído las fuentes.

Yo estaría dispuesto a aplaudir cualquier aventura, aun una historia sin nombres (como la que nos propone Paul Valéry) o una histo-

ria sin historia (como la que, paradójicamente, ha intentado E. M. Forster con la novela inglesa), con tal de que el crítico, en vez de ceder a categorías ya hechas, se ponga a aprehender en un esfuerzo original el sentido de la compleja realidad literaria. Todos sabemos que la literatura se realiza en el tiempo, que es expresión de diferentes comunidades humanas y que apunta a cambiantes ideales estéticos; pero el secreto del gran crítico consiste en sorprenderse todos los días de que eso sea así. Los malos críticos, los que han perdido la inocencia, van al campo con cajas ya preparadas de antemano y hasta rotuladas por una Ciencia de la Literatura: son cajas parecidas a las del entomólogo y allí le clavan el alfiler al poeta y a su poema. Esos malos críticos se limitan a coleccionar pormenores: la síntesis la hacen los rótulos de las cajas. El gran crítico, en cambio, trepa solitario por los montes en busca de una perspectiva alta desde donde pueda ver cómo se hincha la primera ola de un río nuevo. Y aunque luego también nos hable de "siglos", de "naciones" y de "estéticas", ya será diferente, pues él ha ido a las fuentes y lo que nos dice es algo vivido, personal, concreto, es, nada menos, la evocación de ese momento único en que vió a la historia venirle a grandes oleadas, desde lejos, y pasar bajo sus ojos, y revelar su forma, su fuerza y su dirección.

Así de excelente es el panorama cultural iberoamericano que nos presenta don Pedro Henríquez Ureña, la inteligencia más lúcida, intensa y generosa de nuestra crítica¹.

Es un humanista, no un mero crítico literario. Un humanista de Humanidades clásicas y modernas que aun a la ciencia y a la técnica abraza en su ansia de comprender lo humano. Pero su universalidad, su aptitud para las vastas síntesis, la ejemplaridad de su magisterio son rasgos de hombre muy americano. No hay conocedor más seguro de las intimidades de América que Henríquez Ureña, él mismo una de las fuerzas creadoras de la conciencia de América. Invitado por la Universidad de Harvard para desarrollar en 1940-1941 un curso sobre las

¹ *Literary currents in Hispanic America.* (Harvard University Press, Cambridge, 1945.)

tendencias intelectuales y artísticas “en busca de nuestra expresión”, escribió, directamente en inglés y con vista a estudiantes norteamericanos, estas conferencias que constituyen, sin ninguna duda, el mejor tratado sobre la materia.

Literary currents in Hispanic America es un cuadro puntillista: datos, datos, datos, a puntita de pincel. Pero —como en una tela de Paul Signac— esos toques precisos son tan intencionados que van revelando el aire histórico y la armonía del movimiento. Ahí se ve la finura del crítico: la información, aunque abundante, no es profusa. Henríquez Ureña ofrece siempre antologías, y es esta gracia para distinguir lo valioso lo que da estilo a su prosa. Aun a su prosa inglesa.

EL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO EN LA IMAGINACIÓN DE EUROPA

Desde que Colón “inició la interpretación en palabras del nuevo mundo que había descubierto”, se viene buscando en América la expresión propia. Mientras los temas americanos de “el buen salvaje” y de “la naturaleza pródiga” inspiraban a Europa toda una literatura utopista, los cronistas de Indias, aquí, sobre el terreno, estaban revelando sin ser oídos una sociedad áspera, contradictoria, nueva y original, creada por los conquistadores hispánicos y los indios conquistados.

CREACIÓN DE UNA NUEVA SOCIEDAD

Españoles y portugueses habían traído su propia cultura, pero su entrega al ambiente fué tan viva e inmediata que a fines del siglo XVI sus descendientes, tanto criollos como mestizos, viven en un ambiente único donde se han fundido dos civilizaciones. La estructura social es occidental; pero por mucho que se suprimieran las formas superiores de la cultura indígena, siempre permanecieron técnicas humildes, artes, costumbres, voces, que dieron un matiz especial a la vida en América.

FLORECIMIENTO DEL MUNDO COLONIAL: 1600-1800

Esta nueva sociedad pronto se hizo consciente de su individualidad y celosa de sus derechos, especialmente en los dos grandes virreynatos de México y Perú, donde apareció una literatura orgullosa inspirada a veces en ideales del Renacimiento, como la del Inca Garcilaso y Juan Ruiz de Alarcón, a veces en el gusto barroco, como la de Bernardo de Valbuena y Sor Juana Inés de la Cruz. La influencia de Góngora prolongó el brillo de la literatura colonial mientras en España la tradición barroca desaparecía bajo los estragos de la escuela prosaica de Gerardo Lobo y otros. El neoclasicismo se impuso en América mucho más lentamente que en España o en Portugal, apenas en las postrimerías del coloniaje; y sus mejores representantes fueron poetas de las guerras de la Independencia. En creación artística e intelectual las colonias rebajaron el tono europeo. Tenían una población muy escasa y con millones de indios y millares de negros que no hablaban español o portugués. Las gentes que podían dedicarse a la literatura constituían una minoría mucho más reducida que en España o en Portugal. Además, se tenía el hábito de esperar y obedecer la señal de las metrópolis, no había incentivos y el escritor no tenía ni modos de publicar ni la visión de un público seguro al que dirigirse. En pintura y escultura tampoco la colonia alcanzó el nivel europeo: sólo en arquitectura manifestó sorprendentes dotes.

DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA INTELECTUAL: 1800-1830

Bajo la aparente quietud del régimen colonial la anarquía estaba a punto de soltarse. Había insurrecciones indígenas, conflictos entre criollos y españoles, ideales políticos nuevos. La independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa precipitaron un movimiento criollo que acabó por independizarnos. La literatura sirvió dignamente a la causa emancipadora. Preparó las guerras, las cantó y reclamó, no sólo la independencia política, sino también la intelectual: así Bello

en la *Alocución a la poesía*, escrita antes de las jornadas de Junín y Ayacucho. “Acaso necesitemos en la América española un crítico de la escuela de T. S. Eliot que nos haga saborear otra vez las virtudes de nuestros clasicistas del siglo XVIII y de los comienzos del XIX”. Pero aunque nuestro gusto actual los encuentre más elocuentes que poéticos, esos versos significaron un consciente y logrado esfuerzo hacia nuestra independencia espiritual. Bello, Olmedo, Cruz Varela, fueron los poetas de la independencia triunfante: Heredia fué el poeta de la frustrada independencia de Cuba. Más joven que los otros, se adhirió a los idealistas neoclasicistas del siglo XVIII, pero su poesía, como la del español Cienfuegos, anticipaba ya el romanticismo. Entre las novedades del breve período de la independencia, el *Periquillo Sarniento* de Lizardi, primera novela escrita por un criollo e impresa en América, y la poesía gauchesca en el Río de la Plata, con Bartolomé Hidalgo.

ROMANTICISMO Y ANARQUÍA: 1830-1860

La independencia no trajo la tan esperada felicidad. Los países se arruinaron, sangrientas guerras diezmaron las poblaciones y al fin se desvencijó el armazón e irrumpieron guerras civiles y déspotas. De 1820 a 1870, en medio de las tremendas luchas entre el absolutismo y el liberalismo, se realizó en toda América una gigantesca tarea para modificar la estructura de la sociedad: abolición de la esclavitud, liberalismo económico, reforma educacional, legislación progresista, etc. Con la declinación general de la riqueza pública las artes plásticas perdieron brillo (Brasil, monarquía pacífica y ordenada fué excepción), pero en cambio floreció la literatura. En los países ya independientes los escritores siguieron siendo hombres de pelea. Los poetas de las campañas de la independencia habían descubierto el valor activo de la poesía: una nueva generación, después de 1830, sintió que ese didacticismo era incompleto, abstracto y demasiado europeo. No era suficiente la novedad del tema: había que expresar a América también en

formas nuevas. Los argentinos fueron los primeros en adoptar el romanticismo francés, sin esperar la señal de España. Las líneas principales del movimiento romántico americano aparecen nítidas en poesía, teatro y novela; pero el más insigne de los románticos no fué ni poeta ni dramaturgo ni novelista: fué Sarmiento.

EL PERÍODO DE LA ORGANIZACIÓN: 1860-1890

De 1850 a 1870 América entra en un nuevo período de estabilidad social, de reconstrucción política, de organización constitucional. El romanticismo era ya una tradición y continuó incitando a la conquista del paisaje, a la evocación del pasado y a la descripción de las costumbres. Algunos se volvieron devotamente hacia el lenguaje del siglo de oro de España, como Montalvo; otros, al lenguaje criollo del campo, como Hernández. Las ciudades tuvieron sus novelistas: Santiago de Chile a Alberto Blest Gana; Río de Janeiro a Machado de Assis; y también hubo novelas idílicas, de las que la más famosa es *María* de Isaacs. Los románticos consideraban al pasado colonial como nuestra Edad Media (Palma y sus *Tradiciones peruanas*) y al pasado indígena como nuestra antigüedad (*Cumandá* de Mera, *Enriquillo* de Galván, *Tabaré* de Zorrilla de San Martín). También en este segundo período romántico los escritores suelen poner la literatura al servicio del bien público: Ruy Barbosa, Montalvo, González Prada, Justo Sierra, Varona, Hostos...

LITERATURA PURA: 1890-1920

En 1890 ya se conoce en América la prosperidad. Aparecieron las profesiones intelectuales: la literatura no era todavía una profesión, pero los escritores se hacían periodistas, maestros, diplomáticos. La figura genial que inicia este período es José Martí, el último de los grandes escritores hispanoamericanos que fueron al mismo tiempo líderes políticos. Martí no se había propuesto iniciar ninguna revolución

literaria: estaba demasiado ocupado en sus planes de insurrección política. Pero se ha señalado la fecha de sus versos de *Ismaelillo*, 1882, como el comienzo de una nueva corriente literaria en América, el *modernismo*. Ahora la América española no sólo se va a anticipar a España (cosa que ya había ocurrido con el romanticismo), sino que ha de ser un hispanoamericano, Rubén Darío, quien lleve la renovación artística a la madre patria. La transición del romanticismo al modernismo comenzó con escritores del tipo de Zorrilla de San Martín. Hay dos períodos en el modernismo: el primero, de 1882 a 1896; el segundo, de 1896 a 1920. Los líderes fueron Martí, Casal, Gutiérrez Nájera, Silva y Rubén Darío, nacidos los cinco al norte del Ecuador. Todos murieron de 1893 a 1896, menos Rubén Darío, que permanece como caudillo durante veinte años. Entretanto se le agrega un segundo grupo —ahora desparramado tanto al norte como al sur del Ecuador—: Díaz, Larreta, Lugones, Rodó, Quiroga, Chocano, Valencia, Díaz Rodríguez, González Martínez, Neruo, etc.

PROBLEMAS DE HOY: 1920-1940

Desde el modernismo nuestra literatura marcha en dos direcciones: una puramente artística; la otra, de intención social. Entre el último grupo de los modernistas —Lugones, Valencia, Chocano— y el primer grupo de los de vanguardia —Borges, Neruda— median los escritores de transición, nacidos entre 1880 y 1896, que se distinguieron por una mayor preocupación cívica, por su reacción a la retórica preciosista anterior y por tendencias a una expresión más imaginativa, compleja y aun barroca. En 1920 comenzó, tanto en la América española como en Brasil, un nuevo movimiento, otra vez bajo el signo de Francia: el ultraísmo, creacionismo, vanguardismo y otros “ismos”, con un audaz lenguaje metafórico, frecuentemente críptico y siempre libre. Al lado, contra y a veces dentro de este movimiento de renovación estética apareció otro, interesado en los problemas que plantea la realidad americana.

El tema de *Literary currents* es la unidad de América, pero no una unidad gris o inerte, sino vivamente matizada: ante todo, las diferencias con lo europeo y lo americano de habla inglesa; después, las diferencias entre lo portugués y lo español en América; y, dentro de lo español, la personalidad de cada provincia. Tampoco las corrientes estéticas desfilan como abstracciones huera. Henríquez Ureña atiende a los complicados y contradictorios rasgos de cada período estético, señala dos generaciones románticas, dos generaciones modernistas, caracteriza las tendencias y la labor de cada escritor. Su gusto —bien educado y de una amplitud excepcional— le permite simpatizar con modos poéticos generalmente menospreciados, como cuando afirma el valor de la influencia de Góngora en América o, a propósito de Bello, se lamenta de que hayamos abandonado ese fecundo camino de la poesía que se inspira en la ciencia. Lo literario aparece en primer plano, pero no separado de las demás manifestaciones de la vida americana; por eso, cuando Henríquez Ureña evoca la evolución de los ideales artísticos alude hábilmente al contorno social. Por ejemplo, cuando se refiere al romanticismo y al modernismo, observa cómo en el modo de poetizar el lujo se revela el enriquecimiento progresivo de América: los románticos no tenían experiencia del lujo, los modernistas ya sí la tienen. Si bien el mérito mayor del libro reside en su visión de conjunto, hay páginas sobre autores particulares —la relativa a Martí, v. gr.— que aun aisladas del resto han de servir como la mejor bibliografía crítica: detrás de las líneas que en la escala del libro han correspondido a cada escritor hay un saber apretado y a fondo. La música, las artes plásticas, la filosofía, la ciencia, contribuyen también al admirable equilibrio de este tratado.

Cada capítulo trae valiosísimas notas. Además, se publica una bibliografía y un índice de autores que enriquece su valor instrumental para los especialistas.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

O R F E O

Antes de él, el viento en el follaje no tenía voz, el mar alisaba sus ondas en el mayor silencio, la lluvia caía sin murmullo sobre los techos, y se hablaba mucho del mutismo de los torrentes y de las cascadas. La naturaleza esperaba su primer poeta.

Los pájaros miraban con su canción inerte en el fondo del pico. Fué Orfeo quien dió libertad a la garganta de los ruiseñores. Y ellos cantan aún en nuestros días como en tiempos del poeta; señalan la hora de Orfeo.

Y si los peces guardan silencio es porque, viviendo ya en el agua, no pudieron oír la voz del poeta. Pero las sirenas, que de peces tienen sólo la cola, pudieron aprovechar maravillosamente su lección. Gracias a él las golondrinas supieron cómo arreglárselas para traer noticias del horizonte. Y si Orfeo no hubiera muerto tan joven, habría dado, poco a poco, voz a la luna, al sol, a las estrellas, aun a las que no se verán en siglos y siglos. Pero escuchemos al poeta:

“Mi padre era un considerable curso de agua. Y Calíope, que había de ser mi madre, se bañaba en este río con fruición. Era inútil llamarla desde la orilla; permanecía allí horas enteras retenida por los brazos deliciosos de la corriente.

Yo soy fruto de esta unión semi-carnal, semi-acuática, semi-blanca, semi-glauca, semi-silencio (mi madre fué taciturna hasta mi nacimiento), semi-música. Llevo la poesía en la sangre.

Mi padre río, desde su fuente hasta su desembocadura, reflejó

ciudades, cielos, nubes. Se mezcló de luz tanto como de noche. Caminador incorregible, maniático como todos los ríos, necesitaba cada día brotar en la montaña y, después de haber pasado por los mismos meandros, arrojarse al mar.

Y empezaba otra vez al día siguiente, a pesar de las objeciones de mi madre, que lo hubiera preferido sedentario, si no casero. Y quizá por eso a mí también me gusta caminar cantando, pero, a diferencia de mi padre, rara vez paso por los mismos sitios.”

Un día, un león se tendió a los pies de Orfeo, que cantaba a los tiernos acordes de su lira. Y el poeta, en la candidez de su modestia, pensó: “Simple coincidencia”.

El león contemplaba al liróforo con una dulzura tan musical que no parecía tener nada de prestado. Pero se debía toda al poeta. “Gracias”, le dijo textualmente, con una mirada que venía de sus grandes profundidades de fiera, “gracias por haber matizado eso que yo sentía desde hace tanto tiempo, yo, que no sabía más que rugir”. Después, siempre con la mirada, añadió: “No hay nada más hermoso que despojarse de la ferocidad a la faz del mundo”.

Orfeo, molesto ante ojos tan elocuentes, bajó los párpados y se puso otra vez a cantar. El león lo escuchaba con morros tan leales que unos corderos vinieron a acostarse a su sombra. Cuando estaba por terminar, el poeta hizo señas al pastor para que viniera a buscar sus animales, antes de que los leones descendieran de las candidas alturas a que la música los había encaramado.

Era muy molesto no poder cantar sin que alimañas de toda clase manifestaran tan voluminosa admiración. “Cuánto prefiero”, pensaba Orfeo, “la negativa de los árboles y las piedras a abandonar su mundo. La inmovilidad es la sabiduría adquirida de las cosas. Es su barba blanca. En otros tiempos, todo andaba moviéndose sobre el planeta; eran los tiempos en que la geología dominaba al mundo. Toda tierra,

toda roca, toda montaña era móvil. En nuestros días la naturaleza, gracias a Dios, se ha fijado”.

Orfeo se había puesto nuevamente a componer versos caminando por el campo, cuando oyó tras de sí un ruido como de raíces y tierra removidas: una hilera de álamos lo estaba siguiendo.

Se calló, y los álamos se quedaron al punto inmóviles. Pronunció dos o tres palabras, para ver. Los álamos dieron un paso, uno solo, pero tan rico de admiración, que el poeta, rojo de vergüenza, decidió estarse callado todo el día.

A la mañana siguiente, empezó otra vez a tocar. Y los álamos a seguirlo. Los hombres bajaban de las montañas, las cabras de las rocas. Y las rocas, a su vez, abandonando el roquedal nativo, se ponían en movimiento hacia la fuente de música. La nieve descendía de las alturas para acercarse al poeta y, bajo la acción de la poesía, no se fundía al sol. El niño de pecho soltaba el seno materno y se volvía para oír mejor; el cuchillo del asesino se inmovilizaba en el aire; el ave migratoria posaba una pata sobre la rama, y el viajero se hacía sedentario mientras los árboles formaban círculo alrededor de Orfeo.

Aunque no cantaba muy alto, y hasta se contentaba muchas veces con un casi murmullo, la música de su mundo interior se expandía a lo lejos suprimiendo distancias, y, sin siquiera advertirlo, llenaba ampliamente el cielo. Y acudieron sirenas a implorar con una voz irresistible de humildad:

“Señor, un besito, por favor.”

Entonces Orfeo escondió la cara entre las manos. Lloraba y se maldecía: “Es una gran desgracia, pensaba, perturbar así la naturaleza en sus cimientos y sus ornatos más sagrados. Es tan hermoso que la nieve se quede en las cimas, las sirenas en el mar; que los árboles obedezcan a sus raíces, las fieras a su ferocidad, los hombres a sus pasiones. Y yo con mi pobre música estoy interrumpiendo el curso del destino,

y mi arte tiene repercusiones geológicas... ¡Felices aquellos que sólo son escuchados por sí mismos y por los dioses!

Para no ver ya nada a su alrededor, Orfeo decidió no cantar más que en las noches sin luna. Pero ocurrió que hasta la forma misma de su lira le era indiscretamente revelada en la tiniebla por las luciérnagas que de todas partes venían a posarse.

Durante varias semanas el poeta guardó absoluto silencio. Apenas se atrevía a respirar. Y un día, luego otros días, hizo comprender a la naturaleza, con acordes pacientes y muy espaciados, que todo debía permanecer en su lugar cuando él cantaba. Y la naturaleza lo tuvo presente, y Orfeo pudo volver a tocar caminando sobre la hierba soleada o el pedregal de las montañas.

“No me gusta el milagro sino cuando es clandestino”, pensaba. “Y si he elegido a Eurídice por esposa, es porque ella no alzaba los brazos al cielo como las otras jóvenes cuando me ponía a cantar. Se guardaba para sí misma su tumulto.”

Pero Orfeo, demasiado enamorado de la música, olvidaba a su esposa. A ella la amaba en secreto un pastor brutal llamado Aristeo, que desde hacía mucho había matado en sí toda música.

Una vez que perseguía a Eurídice por las lagunas y los juncos, una serpiente, que, nacida de la noche, resumía sus sorpresas y su perfidia, la picó mortalmente.

Y Orfeo acudió de muy lejos, guiado por su corazón, al fin despierto. El incienso de los funerales acababa de arrancar su amor del embotamiento.

Devorado de silencio ante el cuerpo inerte de su mujer, el poeta decide callar para siempre, y no contesta ni a las preguntas que le hacen los dioses. Toda música, toda palabra le parece ya sacrílega.

Los dioses no pudieron soportar por mucho tiempo el verse privados

de esa voz tan pura que unía sin esfuerzo, con la mayor modestia, la tierra al cielo.

Autorizaron a Orfeo para que fuese a buscar su muerta resucitada a la salida de los infiernos, precediéndola, fija la mirada en la puerta de las sombras. Pero apenas a algunos pasos de la salvación, el más humano de los poetas no pudo, a pesar de la prohibición divina, dejar de volver la cabeza hacia su amada. En el primer instante, no vió que su movimiento acababa de hacer desaparecer a su esposa, pero casi inmediatamente se puso a cantar una canción tan triste que, después de ella, ya no había en el mundo lugar para Eurídice.

Cruelmente iluminado por su propia música, se desesperaba por haber amado tan mal a su esposa, y, en su delirio, el animador de las rocas reunía con premura las estrofas que acudían de lo más lejano de sí mismo, para tratar, a pesar de todo, de reanimar el corazón de Eurídice convertido en piedra.

Pero ya el viento de la muerte empujaba a Orfeo muy lejos de los infiernos.

Las Bacantes, que tenían horror a la música y a la poesía, donde los sentidos apagan su sed a expensas de la lascivia, se habían escalonado a la salida de los infiernos para acechar al poeta en el borde del camino, como un horrible cordón de policía de pechos vengativos.

Tan bellas como feroces, pensaban que si la primera no conseguía reducir a Orfeo, la segunda sí lo haría, o la tercera, o la vigésima, que escondía dos puñales.

Y como Orfeo pasaba ante ellas sin verlas siquiera, se precipitaron sobre él todas juntas y lo degollaron ante el mar.

El poeta, reducido a su cabeza tronchada, pero todavía musical, y a su lira flotante, continuaba cantando en voz baja su amor por Eurídice. Sus labios murmuraban, muchas horas después de la muerte, nuevas imágenes, bellos acentos que nadie podía oír sino los poetas futuros.

Y muy cerca, la lira, sin manos que la pulsaran, movida por el soplo intermitente del espíritu, sonaba ahora sola y como de memoria, de una memoria en jirones.

Y a veces se alejaba un poco sobre el oleaje del mar, y a veces se acercaba a la cabeza de Orfeo, hasta llegar a tocarla.

JULES SUPERVIELLE

T I Z I A N O

Fué Dánae, fué Calixto, fué Diana,
fué Adonis y fué Baco, fué Cupido;
la cortesana azul mar veneciana,
el ceñidor de Venus desceñido,
la bucólica plástica suprema.
Fué a toda luz, a toda voz el tema.

¡Oh juventud! Tu nombre es el Tiziano.
Tu música, su fuente calurosa.
Tu belleza, el concierto de su mano.
Tu gracia, su sonrisa numerosa.
Lúdica edad, preámbulo sonoro,
divina y fiel desproporción de oro.

El alto vientre esférico, el agudo
pezón saltante, errático en la orgía,
las más secretas sombras al desnudo.
Bacanal del color: su mediodía.
Colorean los ríos los Amores,
surtiendo en arco de sus ingles flores.

No ignoran las alcobas ni el brocado
del cortinón que irisa el escarlata
cuánto acrecienta un cuerpo enamorado
sobre movidas sábanas de plata.
Nunca doró pincel en primavera
mejor cintura ni mayor cadera.

Todo se dora. El siena que en lo umbrío
cuece la selva en una luz tostada
dora el ardor del sátiro cabrío
tras de la esquiva sáfica dorada;
y un rubio viento, umbrales y dinteles,
basamentos, columnas, capiteles.

La vid que el alma de Dionisos dora,
del albo rostro de Jesús exuda,
y la Madre de Dios, Nuestra Señora,
de Afrodita de oro se desnuda.
Vuelca el Amor profano su áureo vino
en los manteles del Amor divino.

¡Amor! Eros infante que dispara
la más taladradora calentura;
venablo luminoso, flecha clara,
directa al corazón de la Pintura.

¿Cuándo otra edad vió plenitud más bella,
altor de luna, miramar de estrella?

Pintor del Piave di Cadore, eterno,
dichoso juvenil, vergel florido,
resplandeciente río sin invierno,
en el monte de Venus escondido.
Sean allí a tus prósperos verdores
Príapo el pincel, Adonis los colores.

RAFAEL ALBERTI

CARTAS SOBRE LA BOMBA ATÓMICA

I

LA NOTICIA

Lake George (N. Y.), 8 de agosto de 1945.

Le escribo desde las orillas de un lago donde mora todavía, en lo más íntimo de los bosques, el espíritu de Ojo de Halcón y del Último de los Mohicanos. Sus ondas son tan azules como las de mis recuerdos de los lagos de Suiza y del Tirol. La gran galería abierta donde me encuentro instalado, a la sombra de una cortina de pinos que es lo único que separa la casa de la ribera, domina un muelle de madera al que de vez en cuando viene a atracar silenciosamente alguna canoa cuya remera está cansada. Usted no podría imaginarse una luz más placentera ni un espacio más apacible. Según parece, gozábame de un tiempo así, el otro día, en Hiroshima.

Ayer me he traído el diario de la aldea, y lo he leído casi todo mientras caminaba, a despecho de los importunos mosquitos que vuelan ante los ojos durante los días de calor. Todo el mundo ha acudido a la galería con motivo de la noticia, y he debido referir la historia como si yo hubiera vuelto de Hiroshima, como si yo fuera el responsable...

A medianoche aún seguíamos hablando de ello. El "choc" nos había lanzado a la elucubración, más bien que al terror o a la meditación. (Me temo que esta reacción va a generalizarse.) Y cada cual se esforzaba en demostrar que el acontecimiento no le había tomado desprevenido.

—Nada nuevo, en suma —decía el doctor presuntuosamente, con el mismo tono que si hubiera diagnosticado una bronquitis simple—; sólo se trata de un invento mecánico que permite aplicar prácticamente una serie de resultados obtenidos hace diez años.

—¡Yo lo sabía! — declaró el capitán, con esa simplicidad exasperante que afecta Sherlock Holmes frente a Watson. Nos daba así, con tres palabras, la clave de sus misteriosas desapariciones hacia el sudoeste.

Una de las “girls” había leído un artículo sobre el automóvil atómico en un magazine del género de *Look*.

La marquesa se lamentó de que la idea de que todos nosotros muramos en una gran explosión la atormentaba desde la infancia. (Nació durante un terremoto.)

—Es un sacrilegio lo que se acaba de hacer —agregó—. Se ha tocado el secreto del mundo. Se ha alcanzado el misterio en el mismo plexo solar... ¡Ya se vengará!

Nuestro pintor surrealista tuvo a bien interrumpirse en un problema de ajedrez para observar que la Bomba confirmaba su punto de vista: la ciencia no es más que una mitología, sus leyes y su materia misma son puros mitos, y no tienen más ni menos realidad que las convenciones de un juego cualquiera.

—¡Sin embargo, la bomba ha estallado en el momento previsto! — objetó el doctor.

—Ahí está la prueba —replicó el pintor—. ¡Todo había sido preparado para eso!

En cuanto al joven poeta cuyos primeros ensayos (*La muerte lenta*) ha leído usted, había desaparecido en los bosques, y volvió al cabo de una hora, pálido y deshecho, diciendo que su vida no tenía más sentido. Las “girls”, por fin, parecieron conmoverse.

Elijo ese momento para hablar de homeopatía. Ya sabe que ésta es una de mis manías.

Mi tesis es sencilla.

¿Qué es la homeopatía? La acción de un remedio materialmente

ausente. ¿Qué es la bomba atómica? La acción de un punto de materia súbitamente *ausente*.

Desarrollé esta teoría aventurada con más seguridad que nunca (la Bomba autoriza todas las audacias). Los alópatas —decía yo—, lo mismo que los artilleros y bombarderos, opinan que aumentando las dosis aumentan también los efectos. Diez píldoras hacen dormir diez veces más rápido o diez veces más profundamente; diez toneladas de explosivos producirán diez veces más estragos que una sola. Este sistema materialista no lleva muy lejos. A la duodécima píldora, el corazón flaquearía; con doce toneladas, el bombardero no podría despegar más. El homeópata ha renunciado a esta puja agotadora. No cree en la virtud de la masa, sino en la de la contracción. Toma un grano de remedio y lo diluye en cien litros de agua; luego diluye esta solución en otros cien litros, y así sucesivamente hasta que en la enésima operación no se halla ni rastro del remedio primitivo, ni siquiera una sola molécula. No hay más que agua pura. Empero, esta agua no es similar a la que fluye del grifo. Ha sido modificada por la ausencia, casi diríase por el recuerdo. Ha adquirido propiedades completamente nuevas por habersele *retirado* una sustancia que al principio había estado íntimamente mezclada con ella. Ya ven ustedes que la homeopatía no constituye un progreso sobre la medicación clásica, sino un trastueque total de sus nociones. Es la revelación de un universo nuevo, donde lo menos va a producir lo más, y en el que la intensidad no dependerá más de la acumulación, sino, por el contrario, de la sutilidad llevada hasta la desaparición. Lo mismo ocurre con la bomba atómica: no es un arma perfeccionada, es la introducción de una manera absolutamente nueva de tratar el mundo en que vivimos. Me admira que la mayor explosión de la Historia no haya sido provocada torpemente por la mayor masa de explosivos jamás reunida *in the world*, sino, al revés, por la escisión de un punto imperceptible al ultramicroscopio. He aquí el acontecimiento, he aquí la novedad y una de las grandes fechas de la tierra: *no es más que una nada que se ha deshecho*.

El doctor no había esperado que yo llegara a esta fórmula sorprendente para mostrar todos los signos de una irritación incontenible. Terminó por tratarme de literato, lo que en boca de un sabio significa: presuntuoso imbécil. Repliqué que la técnica literaria implica un procedimiento llamado comparación, cuyo alcance escapa a la ciencia vulgar. Añadí, malignamente, que los médicos no tenían ningún motivo de ser tan altaneros frente a ella, desde el momento que son notoriamente incapaces de explicar el romadizo ni, por supuesto, de curarlo. El argumento no valía nada; pero ya era medianoche, y los reidores fueron a acostarse cada uno por su lado y en su sitio.

Esta mañana el doctor ha querido desquitarse. Estábamos tomando el “breakfast” en el embarcadero. Conducida aparentemente de las riendas por una soberbia rubia semidesnuda, erguida sobre sus esquíes entre la espuma, una lancha a motor hendía las ondas, y vino a dar una amplia virada muy cerca de nosotros.

—¡He aquí la bomba anatómica! — gritó el doctor al tiempo que una ola sumergía el embarcadero, dispersando los platos con sus huevos.

—Si usted me paga un *nickel* cada vez que se publique ese chiste —le dije—, le apuesto mil dólares que los gano en un año.

Privados del desayuno, intentamos vanamente el análisis etimológico y comparado de *anatomía* y *átomo*.

Temo que mi carta le parezca frívola. Pero el acontecimiento, hay que confesarlo, pasa los límites de la decencia. Nos deja como privados de reflejos, menos inquietos que excitados, y alegres debido a la nerviosidad. Por otra parte, sea cual sea la actitud que se considere acertada adoptar en presencia del mismo, la ridiculiza sin esperanzas. Deseo que la desaparición de mi seriedad habitual le haga sentir, por homeopatía, la gravedad de lo que acaba de suceder. En lo que a mí respecta, no hago más que presentirla todavía.

II

LA GUERRA HA MUERTO

Lake George (N. Y.), 12 de agosto de 1945.

Se nos habla de armisticio desde ayer. ¿Es aún una de esas falsas noticias como tantas que ha visto esta guerra, que no hacen más que anticiparse en uno o dos días a la realidad? La liberación de París ha sido festejada una tarde en Nueva York, desmentida al día siguiente, confirmada algunas horas después. Efecto frustrado. Sin embargo, era, simbólicamente, la fecha capital de la guerra. Igualmente, la victoria en Europa nos fué anunciada dos veces, dejando perpleja a la multitud de Times Square. Esto no puede menos de influir en la moral de la población. No hay nada más nocivo que frenar bruscamente un arranque de alivio colectivo, tras años de disciplina y de inquietud. La explosión vital y delirante que debía señalar el fin de una era, ha fallado. Se dice que los accidentes de este género, en diversos órdenes, son a menudo el origen de una neurosis...

Mas esta vez, prematura o no, la noticia del fin de la guerra se encuentra desplazada por la Bomba. No tendremos un Once de Noviembre, porque acabamos de tener un Seis de Agosto, y la nueva era se contará a partir de la Bomba y no de la paz.

Por otra parte, se trata menos del nacimiento de una paz que de la muerte súbita de la guerra. Pues es la guerra *en general* quien acaba de ser herida en pleno corazón. He aquí lo que más me impresiona, antes que el aspecto científico del invento o que la faz criminal de su aplicación a 300.000 japoneses desprevenidos. La ciencia irá mucho más lejos. Los muertos serán olvidados dentro de una generación. Pero acaba de producirse algo irreparable.

La principal víctima de la bomba atómica ha sido la guerra, que

ha muerto por ella en tres días. Bajo su forma *militar* —simplemente como aparecía la guerra— tiene menos probabilidades de renacer y menos porvenir que las órdenes de caballería.

No digo que los conflictos van a cesar; que los fuertes van a renunciar a mostrarse fuertes o los débiles a aglutinarse para abatirlos; que las clases van a fundirse, las fronteras a desaparecer, los “gangsters” de todas las especies a moderar sus ardores; que los microbios van a hacer la paz con los glóbulos blancos, y los tigres a convertirse en vegetarianos. Empero, digo que los militares no tienen otra cosa que hacer que dedicarse a los deportes. Que la guerra no es más su oficio. Y que, por consiguiente, no habrá más guerra en el sentido clásico y multimilenario de la palabra.

“Siempre habrá guerras”, nos decían ellos. Sin duda, mas no serán más las suyas, las “verdaderas”, las heroicas, uniformadas y encasquetadas, con movimientos envolventes, perforaciones en el centro, retiradas estratégicas, cargas de la infantería, órdenes del día electrizantes y grandes jefes adulados por efectivos considerables. Hay que tomar partido: la era de los militares ha concluído el 6 de agosto en Hiroshima.

La aritmética elemental que bastaba para combinar *grosso modo* kilómetros, batallones, trayectorias y velocidades de aviones, cede lugar a los refinamientos ultramatemáticos de la física posteinsteiniiana. La cuestión de competencia está resuelta sin réplica en detrimento definitivo de los generales, para beneficio de los “intelectuales de gafas”. La valentía, la prestancia, la disciplina ciega, los grandes clamoreos, las tradiciones de cuerpo, el genio del póker y el látigo no tienen cabida en los laboratorios. Los capitanes de ánimo esforzado y los ejércitos bellamente ataviados que se lanzaran virilmente al encuentro de la bomba atómica, reaparecerían ante nosotros unos minutos después bajo la forma de un vaho ligero. No insistamos: el aparato militar que han cantado los Déroulède de todos los tiempos pertenece, en principio, a los museos, desde el 6 de agosto. Los Alejandros, los Condé, los Mac Arthur y sus tropas aun motorizadas no podrán servir sino ocasionalmen-

te para el combate callejero, las pequeñas guerras civiles y otros conflictos de interés local, hasta municipal, a título de policías y bomberos.

No ha de ocultarse que este desplazamiento brusco de la guerra va a provocar en el mundo entero un sentimiento de vaga y vasta frustración. (Europa quedará más afectada que Norteamérica.) No es fácil curarse de una extirpación repentina de una costumbre ancestral, del gusto de los uniformes, del juego de los soldaditos de plomo y del uso diario de metáforas guerreras, íntimamente ligado, desde Lancelot, a la sexualidad occidental. ¿Qué fiestas, qué carnavales mundiales reemplazarán a las “grandes paradas” que desempeñaron el papel principal en nuestra Historia?

Tal es uno de los problemas psicológicos que plantea al siglo la bipartición de un solo átomo. Hay otros más, de los que hemos hablado abundantemente estos últimos días: las casas con helicópteros restablecerán el nomadismo; las grandes ciudades llegarán a ser móviles —su única defensa imaginable— y la circulación se desbordará por la invisible estratosfera... ¿Y en cuanto a los viajes? Van a morir también junto con la poesía de la duración, de la distancia y de la nostalgia. Hasta el día en que la humanidad, siguiendo las huellas de un gran filósofo, descubriera este lujo inaudito: la lentitud en el seno del silencio. Es la gracia que le deseo a usted.

III

EL PUNTO DE VISTA MORAL

Nueva York, fin de septiembre de 1945.

He abandonado las orillas de mi lago. He perdido esa lentitud y ese silencio amados. Dudo que vuelva a encontrarlos alguna vez en

esta “edad atómica” de que todo el mundo habla. ¿Será que la paz ha muerto al mismo tiempo que la guerra?

Usted me pregunta cómo ha reaccionado la opinión pública y privada. Y bien, usted podría preverlo, puesto que se trata de Norteamérica: unos han adoptado el punto de vista de la moral, otros de la eficiencia. Pastores, obispos, popes, rabinos y curas han dirigido cartas a sus diarios. Su opinión media consiste en que es criminal no tanto matar como matar en masa y mediante procedimientos nuevos. Este clero habla en nombre de muchos no cristianos. Porque es preciso que se sepa en Europa: un gran número de norteamericanos ha recibido la noticia de la bomba con un estupor indignado, hasta humillado.

—Nos hemos deshonrado —se quejan—, hemos perdido moralmente la guerra. En todo caso, hemos empañado nuestra victoria, y de eso el prestigio norteamericano no se rehabilitará más.

—De ningún modo —dicen los otros—, hemos abreviado la guerra, quizás la hayamos matado, y hemos salvado a un millón de vidas. He aquí una magnífica obra norteamericana.

—¿Están seguros ustedes —replican los primeros— de que ha sido la Bomba quien ha puesto fin a la guerra? Los rusos dicen que ha sido el ejército ruso, con sólo mostrarse. Los japoneses lo niegan, pero es evidente que desde semanas atrás no buscaban más que un pretexto honroso para capitular. El Estado Mayor dice que habían llegado al límite de sus recursos y que no tenían defensas serias contra un desembarco. Nuestra prensa se ha precavido de insistir sobre las informaciones de este género.

—Pero si la Bomba ha suministrado el pretexto, ¿entonces es ella quien ha hecho cesar prácticamente la guerra?

—Todo lo contrario, nosotros pensamos que la guerra iba a terminar de todos modos. La Bomba no ha servido, por consiguiente, más que al Mikado, y resulta que por él, en fin de cuentas, por salvar su augusta cara, se ha matado a inocentes, mujeres y niños de a centenares de miles.

—¿Qué debía hacerse, pues, en su opinión? ¿Destruir la bomba? ¿Fingir que las investigaciones habían fracasado? ¿Correr el riesgo de prolongar la guerra algunos meses? ¿No emplear sino los buenos procedimientos viejos tácitamente aprobados hasta ahora por el clero de todos los países, como los bayonetazos en el bajo vientre y el lanzallamas que abrasa viva a su víctima en tres segundos?

Algunos sugieren luego un método que habría salvado la moral al mismo tiempo que la *efficiency*: ¿por qué —dicen— no haber arrojado la Bomba sobre una región despoblada del Japón, invitando a los señores de Tokio a visitar los lugares una hora después? Ellos habrían tenido su pretexto honroso, y nosotros tendríamos la conciencia limpia.

Mas ciertas personas, que no dicen nada, parece que dijeran:

—¡Sigan hablando! ¡El hecho es que somos nosotros quienes tenemos la Bomba! Y estamos decididos a guardar el secreto de la misma.

El Presidente, después de algunas frases piadosas, da la impresión de haber adoptado esta opinión.

Así discuten los moralistas, los realistas y los cínicos (variedad miope de la especie realista).

El hecho brutal es que este debate no se mide en dimensiones históricas. Lo que en verdad domina todos los espíritus no es el problema de lo que debía haberse hecho, sino de lo que nos va a suceder. Porque nadie osa opinar seriamente que fuera preferible destruir la Bomba y todo el *Manhattan Project*. Quizá sea humillante; pero es así: nadie quiere que el acontecimiento sea olvidado, suprimido, prohibido para siempre. Nos encontramos todos en el estado del espectador cuando se aproxima el *climax* de una buena película policial. Si se nos privara de la Bomba estoy seguro de que la decepción superaría en mucho al alivio. La Historia ha hablado. Respondamos. (Aun cuando ella hubiera hecho mejor con callarse.) Bastarda o no, la edad atómica ha nacido.

Usted me dice que la expresión es ridícula. ¿Sencillamente porque se ha vulgarizado? Yo la encuentro justa, útil y necesaria. Una edad:

sí, es esto precisamente, lo que no implica decir demasiado si se piensa en las transformaciones casi inimaginables que van a producirse. Una edad de demencia pura, tal vez, pero es un hecho en el que nos hallamos embarcados. Y todas nuestras discusiones retrospectivas son vanas. Se trata de afrontar lo que venga, dentro de la incompetencia general.

IV

U T O P Í A S

Nueva York, 3 de octubre de 1945.

¡Vamos, pues, pongamos en juego la imaginación! Es ésta la base científica y oficial de algunas ideas locas que yo concibo.

La bomba de Hiroshima, transportada por un B-29 volando a 550 kilómetros por hora, no pesaba mucho, comparada con las cargas de los bombarderos que redujeron a Berlín. Un avión podría, en consecuencia, llevar una decena. El gobierno norteamericano nos anuncia como “cierta” la fabricación de aparatos volando con más rapidez que la propagación del sonido —de donde usted no los oiría sino *después* de que hubieran pasado, es decir, nunca— y “capaces de atacar cualquier punto del planeta”, partiendo de Estados Unidos. Se anuncia, además, que este modo de transporte será suplantado pronto por el catapulteo estratosférico. París sería destruído desde Nueva York a las dos horas; desde Berna, Bruselas o Londres, a los cinco minutos de iniciada la guerra.

El progreso, decía Baudelaire, consiste en la disminución de las huellas del pecado original. La técnica moderna prefiere medirlo en la disminución de la duración de agonía de una población. Verdaderamente, el ideal de nuestros contemporáneos parece ser morir sin saberlo,

y sin tener tiempo de decir ¡ay! A lo que podría oponerse el *utinam notus moriar*¹ del poeta latino. Pero dejémonos de vanas lamentaciones. Estamos en plena locura. Y yo decido abandonarme a ella todo lo que dure esta carta.

Lo que me deja estupefacto es la pereza y la molicie de la imaginación en nuestro siglo. Una Emily Brontë que no sabía nada del mundo y que no había podido vivir ninguna pasión realmente correspondida, de aquellas en que el ser se consume y se consume entregándose, nos da *Cumbres Borrascosas*. Pero nosotros, que hemos conocido por la persecución a Hitler, Stalin y el exilio y la guerra, y, por el cinematógrafo, los campos de concentración, cuando no los hemos habitado, nos quedamos más estúpidos que una vaca en el umbral de la era de los milagros precisos. El siglo XX se ha embrutecido en tres aspectos: los sentidos, el espíritu y la imaginación. Se ha reducido a dos especialidades más bien maniáticas: el manejo de sus máquinas y de su dinero. (Ni siquiera es muy brillante en lo que se refiere al segundo punto.)

La única idea que se les ha ocurrido a nuestros expertos en urbanismo, por lo menos la única que se han atrevido a comunicar, es la de ocultar las ciudades bajo tierra. (Reflejo de bochorno, si acierto con la expresión.) Uno de ellos piensa cavar un gran pozo bajo el rascacielos llamado "Empire State", que tiene cuatrocientos metros de altura y cien pisos. Se lo metería en la cueva por el tiempo que durara la incursión. Solución tan cara como absurda, porque se puede apostar todo a que la primera bomba sería para Nueva York e inutilizaría en un segundo el mecanismo subterráneo. Me atengo a la sugestión que me vino al espíritu en una carta anterior: la única defensa de una ciudad está en su movilidad. Entendámonos bien: su movilidad *perpetua*. Así, el enemigo no sabría adónde apuntar. Hemos aquí condenados al nomadismo. Pero después de todo, si usted toma las estadísticas de las compañías de transporte de este país, verá que una parte considera-

¹ Ojalá muera consciente.

ble de la población se desplaza continuamente. El sistema de defensa que propongo no cambiaría casi nada esta situación. Sencillamente, se desplazarían las casas, y no sus ocupantes. Es una cuestión de rieles o de hélices.

Pues yo no dudo que nuestros constructores de aviones, utilizando la energía atómica, lleguen a transportar casas enteras, vertical y horizontalmente, por encima de las nubes y de las tempestades. Se dispone una red de mallas de acero, se acopla un helicóptero, y he aquí la casa volando mientras los criados sirven la comida sin perder el equilibrio y sin que la radio cese su gruñido. Al día siguiente se desciende en Florida, sobre un terreno alquilado previamente. (Querella en el aire entre dos casas que pretenden guarecerse en el mismo lugar.)

Usted va a decirme: ¡pero es horrible, no echaríamos más raíces en ninguna parte! ¿Ha notado usted que toda la evolución, a partir del siglo XIX, no es sino un inmenso complot para cortar nuestras raíces terrestres? La máquina a vapor, la concentración urbana, el avión, la “defensa” contra la Bomba, todo va en el mismo sentido. Para empezar, se nos ha invitado o forzado a dejar nuestros campos para ir a las ciudades. Estas ciudades, de las que pensábamos ser sus naturales, serán los primeros objetivos de la Bomba. No las abandonaremos por tan poca cosa. La trasladaremos al campo. No habrá más campo ni centros urbanos, sino una circulación perpetua sobre la Tierra y los Muertos de los demás.

Ya ve usted que las relaciones humanas, sentimentales, sociales y políticas van a cambiar de naturaleza radicalmente, si de todos modos la Historia se prolonga todavía (mas para que ella se prolongue, nos será preciso cambiar de gobernantes).

Si mis argumentos no han sido suficientes hasta ahora para convencerla de las posibilidades ilimitadas que se abren para la edad atómica, copio especialmente para usted cuatro pequeñas noticias pintorescas: “Alamogordo (Nueva México). La población se halla muy excitada por el anuncio de que las vacas rojas de la comarca se han

vuelto blancas como consecuencia del primer experimento de explosión atómica en el mes de julio". —"Carrizozo (Nueva México). Un gato negro se ha vuelto medio blanco. Un *cow-boy* del pueblo de Brigham acusa al Átomo de haberle hecho encanecer la barba". —"Boston (Mass.) Un sabio prevé que tocando al piano, podrá hacer saltar una ciudad". —"Washington, D. C. Más de 5.000 productos y procedimientos industriales de utilización inmediata fueron inventados durante los trabajos sobre la bomba atómica en la fábrica de Oak Ridge, Tenn."

Pero éstos no son más que "hechos", como dicen la ciencia y los políticos cínicos. Los hechos son los desperdicios de la imaginación. Y los que vemos hoy, y que estudiamos y medimos, están determinados en realidad por el *ángulo* obtuso desde el cual consideramos lo real. Cambiemos de ángulo, y el mundo cambiará. Veremos otros "hechos", encontraremos otras "leyes".

A este respecto, le envío a usted una pequeña parábola que acabo de escribir para un libro en preparación.

"¡Todo eso es muy lindo! —decía el Doctor—, pero la ciencia sigue siendo la ciencia, el único método honesto, riguroso, comprobado de análisis o de construcción. La única útil, la única que acierta y que satisface. Usted parece creer que desde ahora somos libres de pensar lo que sea, y que esto lo cambiará todo. ¡Perdón! La ciencia produce pruebas que a las supersticiones les resultaría penoso refutar o igualar. La ciencia cura. ¡Inventa máquinas que atraviesan ya 1.000 kilómetros por hora! ¡Verifica con hechos magníficos, del género de la bomba atómica, sus más "locas" especulaciones! Usted es dueño de tomar como fin la evocación de las hadas de la Edad Media: jamás una hada ha hecho girar el menor motor. Nosotros le dejamos a usted con sus puerilidades".

"—Bien —le dije—, la prueba de que la ciencia no está loca es que ella nos permite actualmente ir mucho más rápido que hace cien años. He aquí algo serio, me dice usted. Y he aquí algo útil, además. Como nadie se atreve a negarlo alrededor de mí, creo prudente aceptarlo.

Admito también que la evocación de las hadas no sirve para nada y no conduce a nada... por el momento.

“Mas supóngase usted ahora que dentro de algunos siglos los hombres dejen de encontrar divertido eso de ir más rápido, y que, *por consiguiente*, comiencen a preguntarse de qué les sirve. Supóngase que su placer nuevo y principal consista en evocar algo así como las hadas, y que lleguen a ello después de dos o tres siglos de aplicación de los buenos espíritus. He aquí la seriedad nueva, la utilidad urgente. Estas hadas brindan la paz del corazón dentro del sufrimiento, inventan mil giros sentimentales insospechados por nuestra barbarie, crean la inmovilidad cuyo subproducto llamado lentitud es venerado por algunas sectas populares, convierten a la muerte en un chiste de un gusto sublime que pierde su gracia cuando es repetido, ahogan con un solo pensamiento las explosiones cósmicas, etcétera. Usted es dueño de tomar como fin la construcción de un motor atómico: jamás un motor atómico ha evocado la menor hada. Nosotros le dejamos a usted con sus puerilidades”.

V

NI SECRETO NI DEFENSA

Nueva York, 10 de octubre de 1945.

Los estadistas, los generales y algunos vulgarizadores carentes de ideas han encontrado dos medios para esquivar el problema planteado por la bomba atómica. Tratan de encadenar al monstruo con broches de legajos: “es un secreto que nosotros guardaremos, es un depósito sagrado”, dicen. Y sin contar con la opinión de ningún sabio autorizado, hablan de defensas posibles si, ello no obstante, se les deja el mando.

Les opongo el mejor analista de las cosas militares de esta guerra, y el cuerpo unánime de los sabios.

El señor Hanson N. Baldwin lo ha explicado muy bien en el *Times*: el único verdadero secreto de la bomba atómica reside en la potencia industrial de Norteamérica. Es decir bastante que esto no es sino temporario. En lo que se refiere al secreto técnico de la detonación, dentro de algunos meses los rusos lo tendrán, como quizá también los franceses o los daneses.

Y no conozco ni un físico que no haya negado expresamente y en toda ocasión pública, ante los periodistas o el Senado, la existencia actual o posible de la menor defensa efectiva contra una incursión atómica por sorpresa.

He aquí, sin embargo, el estado de la opinión pública norteamericana en este fin de año 1945. El señor Georges Gallup acaba de establecer que el 71 por ciento de los ciudadanos de este país "se niegan a librar el control de la Bomba a las Naciones Unidas", a pesar de que la misma encuesta revela que el 65 por ciento están persuadidos de que "el secreto no puede ser guardado". De donde yo deduzco que la proporción de los norteamericanos razonables (quiero decir, capaces de juntar dos ideas y extraer de ellas una conclusión lógica) es cuando más del 35 por ciento. ¿Es poco o mucho para un pueblo? No lo juzgaré sino después de un ensayo sobre Europa.

Es evidente que la opinión pública está descarriada por su fe en la ciencia, que los sabios serios no comparten. Se habla de radares omniscientes y de rayos que harían estallar la Bomba inmediatamente después de su partida, en territorio enemigo. Mas, aunque se inventaran esos procedimientos, su aplicación supondría un estado de movilización permanente que, so pretexto de evitar la guerra, mataría la paz. Una parte de la población sería empleada en vigilar el cielo; la otra, en fabricar los instrumentos y pagar los impuestos necesarios. De miedo a morir, nadie viviría.

La situación presente, en verdad, es mucho más *loca* de lo que uno

se imagina. Porque no solamente estamos sin defensa, sino que hasta el secreto de la Bomba será mañana el del Polichinela, y, en fin, si alguno nos ataca, *no sabremos quién ha tirado*.

Supóngase usted que un pequeño país, digamos Suiza, fabrique una docena de bombas. No se trata de un problema de dinero, como se cree —los grandes gastos fueron hechos por Norteamérica durante las investigaciones—, sino de ingenio y de equipo técnico, y ya sabe usted que Suiza posee todo eso. Es un hecho que en la Escuela Politécnica de Zurich nacieron los trabajos de Einstein.

Supóngase ahora que ese pequeño país, para salir de un mal paso, envía dos o tres bombas sobre Nueva York. (Tomo el ejemplo más inverosímil, para que no se vea en ello no sé qué alusión a circunstancias demasiado reales. Norteamérica no duda ni un instante de que los proyectiles vienen de Rusia. Es muy tarde ya para cambiar notas y guardar las formas. En consecuencia, Moscú y Kiev quedan en ruinas a las tres horas. Los rusos toman represalias sobre Detroit y Saint-Louis, y destruyen a Londres por simple medida de precaución. Y así sucesivamente: en el lenguaje técnico, esto se llama *chain reaction*. En veinticuatro horas, el Occidente ha perecido.

Un rayo en día de bonanza: la expresión se ha vuelto tan verdadera que ha dejado de impresionarnos. Me parece que se está formando una apatía extraña entre las masas, lo mismo que entre aquellos que las gobiernan. Los Tres Grandes están casi de acuerdo para renovar sus pequeñas discusiones. El señor Truman se ajusta las gafas y vela sobre su “depósito sagrado”. El mundo no tiene gobierno. No estoy seguro de que las naciones lo tengan. Y nos quedamos con los brazos colgantes, pensando en las compras de Navidad...

He hallado algunos pares de nylons. Ya barrunto lo que usted me va a contestar...

VI

EL SABIO Y EL GENERAL

Princeton (N. J.), 21 de octubre de 1945.

A una hora de Nueva York, en Princeton, donde me estoy instalando, todo respira una paz de claustro. Los edificios de la universidad, del estilo neogótico de Oxford y dotados de las últimas comodidades, se extienden entre parques en que el otoño, tibio aún, glorifica el lujo soñador. Dentro de este cuadro demasiado perfecto, de este ambiente de inocencia, de deportes y de sombras verdes, viven y piensan algunos de los espíritus que más habrán contribuido a transformar la condición del siglo. Anoche, en el cinematógrafo, oí un *hallo* detrás de mí, y era uno de los ases del pequeñísimo grupo de matemáticos y de físicos que ha fabricado la bomba atómica. Luego, delante de mi ventana, pasaba un hombre con "sweater" azul y pantalón de franela, los cabellos al viento —dos hermosos mechones blancos en un desorden "genial"—, y era uno de mis vecinos, Albert Einstein, el patriarca de la nueva edad, el Moisés de la Tierra Atómica. Así pasa cada día, hacia las once de la mañana. Cuando hace frío lleva una capa negra. Su cabellera me indica la dirección del viento, y su aspecto pone en fuga a mi hijita. ¿En qué piensa? De ese cerebro ha salido la ecuación que está a punto de trastornar al mundo. Me la repito cada vez que lo veo: $E = mc^2$. La energía es igual al producto de la masa por el cuadrado de la velocidad luminosa. Jamás se ha dicho tanto con tan pocos signos. Pero yo no soy un físico, y no tengo otra especialidad que la de reflexionar en las consecuencias generales de los descubrimientos particulares y en las relaciones humanas que ellos afectan.

Como en todas partes de Norteamérica —aunque en nuestra reserva de intelectuales, con más competencia que en otros lados—, está en

auge la discusión sobre el porvenir de la Bomba. Se entiende que la opinión de los sabios lo domina todo. Su oscura conciencia los ha vuelto prudentes y cuerdos. Se sienten acusados sordamente de haber causado 200.000 muertes y creado una amenaza planetaria. Así, todos ellos defienden la idea de que la guerra de las bombas sería el fin de los hombres, y que el único medio de impedirlo es un gobierno mundial. Comparten mi opinión acerca de la inutilidad de los ejércitos y de las flotas del aire o del mar, mientras que los generales, los periodistas y los políticos continúan desvariando como un solo hombre. El *New-York Times* de esta mañana proporciona nuevos argumentos, muy poderosos, pero contradictorios, a los dos bandos. Digo poderosos: unos por la lógica, el buen sentido y el realismo; otros por la autoridad y las pasiones que los sostienen.

He aquí, para empezar, la opinión del jefe supremo de las fuerzas norteamericanas, el general Marshall. La bomba atómica —declara ante una comisión parlamentaria—, lejos de volver superfluo al ejército, no puede sino aumentar la importancia de las tropas de tierra. Es precisamente el dictamen que se esperaba de un general. E ilustra su pensamiento: “Supónganse ustedes —dice— dos sabios, uno en Alemania y otro en Washington. Cada uno oprime un botón, y una explosión terrorífica se produce en el territorio del otro. El proceso sigue hasta el día en que alguien se apodera de uno de los botones: y esto supone una fuerza armada”. El general Marshall agrega: “Las personas que hablan de una guerra puramente técnica se olvidan del hecho de que una guerra semejante exige efectivos más importantes que en el pasado. Se requieren tropas para apostar los instrumentos; se necesitan tropas para apoderarse de una isla que nos sirva de base de tiro”. Y concluye que las condiciones fundamentales de la guerra no han cambiado aún, como no se modificaron después de la invención de la pólvora. Pero tres columnas más adelante, en la misma página del *New-York Times*, leo lo siguiente: “El Dr. Oppenheimer, jefe del servicio de investigaciones atómicas de Los Álamos, fué interrogado ayer por una comisión

del Senado. A la pregunta: ¿Es verosímil que una sola incursión atómica contra los centros populosos de Estados Unidos pueda matar a 40 millones de norteamericanos?, el sabio respondió: "Me temo que sí".

Luego, esto elimina aquello, según creo, y por impertinente que parezca criticar el dictamen de un militar calificado recientemente por el Presidente Truman como el "más grande de todos los capitanes conocidos, inclusive Alejandro", pienso que el general Marshall está equivocado y que el Dr. Oppenheimer tiene razón. Imaginémonos la situación. Para transportar la infantería y los vehículos necesarios a la conquista de una isla o de bases enemigas, se requerirán muchas horas, si no muchos días. Ahora bien, en el momento en que partan dichas tropas, un tercio de la población habrá sido muerto. Durante el viaje, otro tercio sufrirá probablemente la misma suerte. Figurémonos la moral de esos soldados. Sabrán que tienen pocas probabilidades de recibir refuerzos y municiones de su país, destruído en más de la mitad. Verán que la guerra no tiene más sentido humano. Por otra parte, la isla que irán a conquistar ya estará reducida a fino polvo, si el enemigo no es estúpido.

Supóngase usted ahora que Rusia ataca a Norteamérica por la estratosfera. ¿Qué puede hacer la infantería norteamericana? ¿Atacar? ¿Dónde y cuándo? ¿Defenderse? ¿Contra quién? Se dice: es siempre la infantería quien termina una campaña ocupando el territorio. Mas en el caso de una guerra atómica, no es seguro, ni aun probable, que el agresor juzgue muy útil venir a disputar a su víctima ruinas todavía radioactivas. Lo mismo, si Rusia es atacada por Norteamérica o aun si una de las dos ataca a Europa. Calcule las distancias. Compute el tiempo que ha menester un cuerpo expedicionario para franquearlas y las condiciones en que se transportaría. Dos años han necesitado los norteamericanos para desembarcar en Europa, estando su país a salvo de bombardeos. Aunque sólo les bastaran dos horas la próxima vez, llegarían una hora demasiado tarde.

Es posible que el general Marshall, enterado de todo esto mejor que

nadie en el mundo, tenga razón misteriosamente; pero no, en verdad, por los motivos que él da. ¿Y por qué no dar otros, si existen? La guerra ya no tiene otros secretos que los de la industria, que son los de la ciencia, que no tiene otro deseo que el de publicarlos.

Sostengo que la guerra ha muerto, la guerra de los militares, la verdadera.

Porque hemos pasado la edad de las guerras consideradas como juegos regulados. Si una de las partes presentes dijera a la otra: "Señores ingleses: ¡Tirad los primeros!", ya no habría nadie que tirara la segunda vez y devolviera el fuego, como se decía no ha mucho. ¿Lo habrá olvidado el general Marshall, puesto que habla con tanta tranquilidad de "un proceso que sigue"?

La discusión, como se dice, permanece abierta. Deseemos que lo permanezca mucho tiempo. Porque se trata de un problema cuya prueba, si se administrara alguna vez, no podría interesar más que a un auditorio bruscamente rarificado.

VII

TODO HA CAMBIADO; NADIE SE AGITA

Princeton (N. J.), 28 de octubre de 1945.

Las objeciones de usted a mi tesis sobre el ejército y la muerte de la guerra militar me obligan a pedirle que relea mis cartas. Las he refutado todas de antemano. Pero me doy cuenta de que su actitud es más sentimental que realista, y que en virtud de esta disposición sólo le ha impresionado el tono de mi correspondencia, y no mis argumentos.

Usted me reprocha que exagero y que expreso "a la ligera" juicios muy graves, ciertamente. Me temo que no tengamos más la misma no-

ción de la seriedad y de la gravedad. Usted todavía es preatómica. No es solamente un océano, sino toda una era lo que nos separa... ¡No, ya es demasiado! Escúcheme, venga aquí y mire conmigo.

Cuando veo que todo ha cambiado en nuestro mundo desde Hiroshima, y que, sin embargo, los responsables de la suerte común obran exactamente como de costumbre, es decir, poco o nada; cuando veo que el cielo azul no promete más que la muerte instantánea para millones de seres, y que, sin embargo, la subcomisión judicial del Congreso norteamericano discute aún la cuestión de saber si la guerra ha terminado legalmente el 14 de agosto o el 2 de septiembre; cuando veo que los sabios declaran unánimemente que no hay defensa imaginable contra una incursión atómica, y que, sin embargo, los generales reclaman en nombre de la patria la conscripción obligatoria; cuando veo las ruinas de Europa, y que, sin embargo, allí se fabrican armas y se cosen uniformes, en lugar de reconstruir las casas y de vestir a los que están desnudos; cuando veo la guerra y que cada uno se prepara para ella; cuando veo que todo el mundo lo ve como yo, y que nadie vocifera: ¡Locos! ¡Esos estadistas, generales, parlamentarios, economistas, están chochos de remate, están todos locos, no les escuchen! Cuando veo que si digo todo esto, la gente sonrío y encuentra que exagero, bueno, mi querida amiga, yo también sonrío. Es mi nueva manera de estar serio.

¿Quiere usted que lllore todo el día, que ruja de noche y que devore las alfombras? ¿Quiere que asuma actitudes? ¿O que escriba, en un estilo pesado de político y con una lógica de militar, artículos mesurados sobre la locura del siglo? No se trata de una locura furiosa, ¡ay! para la que falta bastante. Se trata de un letargo del alma acompañado de chácharas sentenciosas, que recordaría el estado de la sociedad francesa en vísperas de la Revolución. Todo el mundo ve los abusos, el peligro inminente y la incapacidad de los dirigentes. Pero cuando decimos esto, provocamos sonrisas o expresiones vagamente sorprendidas. —¿Qué dice usted en cambio? —Primero, veamos claramente la situación. —Está visto todo, ya estamos enterados. ¿Cuál es su sistema? —Bus-

quemamos juntos. . . —¡Oh, qué fastidioso! Hace tiempo que se habla de esa bomba atómica. ¿No tendría usted otros temas menos importunos? —¡La muerte súbita, si usted quiere, y la liquidación total de la humanidad! —Veo que usted no es bastante serio.

Observe que halago mucho, con tales réplicas, a mi interlocutor ficticio. De hecho, el diálogo se desvía pronto a una alusión a los expertos o a las complejidades de la política, de las que no entiendo nada, ni usted tampoco, y tengo citas urgentes.

Mi cita la tengo con la época. Veo que la muerte en masa la aguarda de hora en hora. Si ella se burla de eso ¿qué quiere usted que yo haga? Le escribo por divertirme. Pienso que si usted es todavía seria y me reprocha ese tono “chancero” —¡gracias!— se debe a que aún no ha captado bien la situación, que es la siguiente:

Guerra. Los ejércitos de tierra y de mar serán privados de abastecimientos e inmovilizados en menos de una hora. No servirán, pues, para nada. Pero se votan presupuestos militares, se discute el color de las bocamangas, y Norteamérica habla de establecer la conscripción obligatoria.

Política. La victoria sobre los totalitarios de matiz fascista ha puesto en el poder, en el mundo entero, a los totalitarios de matiz democrático y soviético. Como todavía los separan algunos detalles de terminología, han decidido batirse, pero cada uno piensa que el otro sospecha de ello. Todos hablan de paz, y se disputan bases que no pueden servir para nada, sino para hacer la guerra. Por otra parte, todos lamentan la última guerra, que los ha dejado tan debilitados para la próxima.

Progreso. Un semanario norteamericano ha planteado recientemente el problema: “¿Cuál es el objeto de la ciencia? ¿Hacer saltar al mundo? Si los sabios piensan verdaderamente lo que nos dicen, el progreso científico está por llegar a su término”.

¿Le parece a usted que ahora es el momento de estar serio?

VIII

UN SALÓN ATÓMICO

Washington, 2 de noviembre de 1945.

Esta capital, que no pertenece a ninguno de los estados de la Unión, me ha parecido siempre poco real: es como una ciudad de exposición que se hubiera decidido no destruir. Me pierdo ahí regularmente, buscando ansiosamente con la mirada el Obelisco, que ni siquiera está en el centro. ¿Debo darle a usted toda la medida de la desesperación que me ataca desde que estoy en Washington? Le confesaré que me refugio en los salones.

Europa tenía salones literarios. En Washington, son todos políticos. Éste del cual salgo, que es uno de los más frecuentados, es también el más atómico. Entre los subsecretarios de estado, los diplomáticos y los virtuosos, he encontrado dos o tres que obtuvieron el premio Nóbel, rodeados de muchas personas.

—Una campaña atómica —decía uno de ellos, adornado de un par de enormes cejas blancas— dejaría alrededor de un 2 por ciento de la población norteamericana rascando la tierra entre las ruinas para buscar en ella su subsistencia.

—¡Qué apasionante! —me dijo una dama—. *Really, I love him, he is perfectly dreamy!*

Observé que el pánico del año mil, cuyo histerismo podía pensarse que la bomba renovarían, no parecía dominar a la asamblea.

—La razón está en que entonces se *creía* —me dijo un sabio—. No tenemos ante nosotros más que hechos mensurables. Y esto mata la imaginación.

—¿Piensa usted —dijo otra dama— que la Bomba pueda hacer saltar la Tierra?

—Esto se discute... Algunos de mis colegas han encarado la hipótesis, y opinan que no es improbable. Otros, como yo, piensan que no se hará saltar más que lonjas de la corteza terrestre, como cuando usted pela una naranja.

Las damas estaban arrobadas; los hombres, pensativos. Hubiérase dicho que reflexionaban. La conversación se generalizó. El sabio se mostraba lleno de "humour". Jamás se había estado tan chistoso con respecto a matanzas en masa. Lo que más me gusta en el mundo es irme cuando quiero. Apenas salí, me puse a reflexionar, y habiéndome perdido como de costumbre, tuve tiempo de sacar una o dos conclusiones antes de llegar a la casa de mis huéspedes, de donde le escribo a usted.

De hecho, estamos ante el año mil. Todos los problemas últimos nos son planteados, en términos urgentes y concretos. ¿Cuál es el sentido de la vida si concluye mañana? ¿Qué es esa muerte del hombre causada por su genio? ¿Por qué la inteligencia conduce al suicidio si ella no cree en la otra vida, mientras que la fe de los tiempos antiguos temía un fin que, sin embargo, la hubiera lanzado al Eterno?

Anduve a zancadas por avenidas interminables, surcadas de raudos taxímetros. Yo me decía: se discute amablemente en los salones la posibilidad de hacer saltar el planeta. Los acontecimientos que superan la imaginación —y éste mismo no podría ser superado— no interesan o no inquietan sino superficialmente. A decir verdad, divierten más que angustian. Por otra parte, la idea de un naufragio común o de una explosión unánime nos parece más bien tranquilizadora. El peligro o la desgracia individual es lo que se teme, y de lo que se sufre, sobre todo por la comparación con la mejor suerte de otro. Ahora bien, la Bomba destruiría probablemente toda posibilidad de comparación. Los acontecimientos mundiales no nos toman sino por las franjas de nuestra vanidad o por algunas repercusiones accidentales sobre nuestros amores o nuestra cuenta bancaria. Nada deja a los hombres tan indiferentes como la suerte de la humanidad, de que los jefes de estado hablan tanto.

Terminé por encontrar sitio en un taxímetro. Tres militares que volvían del Pacífico se estaban contando los detalles de sus campañas. Ninguno de ellos daba la impresión de haberse batido por el ideal democrático. Me preguntaron el resultado del último partido entre el ejército y la marina. Yo no lo sabía. ¡Y era un civil! ¡He aquí cómo traiciona la retaguardia!

IX

PARÁLISIS DE LOS ESTADISTAS

Washington, 10 de noviembre de 1945.

Nuestro mundo de mediados del siglo XX está gobernado por los llamados Tres grandes. Son un lobo disfrazado de cordero y dos corderos vestidos con su verdadera piel. Por consiguiente, la Bomba ha de ser administrada en nombre del Padrecito, del Buen Muchacho y del Espíritu Burgués. Repare en que si ella no lo es, alguien nos la va a administrar. La alternativa está entre ambos sentidos del verbo. Y de repente me pregunto por qué esos tres señores parecen impotentes para decretar los medios de una paz sin embargo fácil de concebir.

¿No comparte usted la impresión, junto con las masas contemporáneas, de que los jefes responsables de nuestra suerte son en realidad irresponsables? ¿Y de que usurpan el nombre de gobernantes?

Trato de ponerme en lugar de ellos. Stalin quisiera la paz, ya que su Rusia herida debe, primero, ser reconstruída; pero no renuncia a los planes de Pedro el Grande. Attlee quisiera la paz, pero no renuncia a hacer matar a los indígenas que se rebelan en Java contra un imperialismo pasado de moda. Truman quisiera la paz, ya que el comercio y la industria norteamericanos encontrarían en ella su espacio vital, pero no renuncia a las barreras aduaneras, a la defensa del capital, desde

luego, y al temor (él mismo creador de conflicto) de un conflicto con Rusia. Sin duda, los tres están convencidos de que aman la paz en general, y por ella misma, y de que detestan la guerra: sin embargo, se preparan para ella. Lo que de hecho domina su política es la visión de la guerra, no la de la paz.

Obran, por consiguiente, como irresponsables, provocando lo que quieren evitar. Y el público aparenta encontrar esto normal, o no encuentra nada.

Procuro aún comprenderles, antes de tratarlos de criminales, que es sin embargo, precisamente, lo que parecen ser, cuando se ve lo que van a hacer o dejar hacer con nuestras vidas.

Irresponsables menos por incapacidad —bastarían para las tareas corrientes— que por el hecho del problema planteado, que los supera como la Bomba supera todo. En presencia del mundo a unificar, parecen heridos de un vértigo. No ven nada. Esta ausencia de pensamiento es más peligrosa que cualquier pensamiento falso. Pero ¿cómo podrían pensar? Simplemente, prácticamente, *no tienen tiempo*. ¿Por qué? Por una razón sencilla, a mi modo de ver. Porque cada uno de ellos gobierna su nación, lo que es bastante o hasta demasiado para un hombre, mientras que el problema es mundial.

La Bomba es un caso internacional que no puede ser resuelto sino en una escala planetaria: ahora bien, dichos señores están absorbidos por la defensa de intereses locales llamados nacionales, treinta visitas diarias, inauguraciones, banquetes y nombramientos. Está claro que para gobernar a las naciones, la primera condición requerida es la de no ser el jefe de una gran nación. Mas ¿quién lo ha dicho hasta hoy? Cada cual sabe que el árbitro de un partido no es nunca el capitán de uno de los equipos. ¿Quién lo ha recordado con respecto a los Tres Grandes? Todos saben que para arbitrar en la lucha entre los continentes se necesitan otros talentos y otro saber que para equilibrar a los demócratas del Sur con los del Norte en presencia de los republicanos, manteniendo un ojo vigilante sobre la izquierda naciente, el Senado, el

Congreso, los funcionarios y la prensa. Pero ¿quién lo ha dicho con respecto a Truman? Norteamérica es demasiado grande para él ¡y helo aquí encargado del mundo, además! Lo mismo sucede con Attle y con Stalin. Los compadezco. Pero, si ellos se obstinan, me veré obligado a tratarlos de usurpadores. La incompetencia de los comandantes supremos ¿no es juzgada criminal por la opinión pública de su patria, y a veces por los tribunales?

Pregunto a mis amigos norteamericanos: ¿se imaginan ustedes a este país conducido, no por un gabinete federal, sino por los gobernadores de los 48 estados de la Unión? —Esto sería absurdo (me dicen).

Sin embargo, esto es lo que nos ofrece, con algunas diferencias de matices, el plan de las Naciones Unidas. Los estados de ustedes no han constituido un país de otro modo que uniendo sus pueblos y no sus jefes, que se apartaron ante un poder nuevo, surgido del pueblo...

Mas en cuanto se toca la idea de Nación, todos los semblantes se nublan y los espíritus se colocan en estado de sitio. ¿Estamos locos? ¿Vamos a continuar este juego hasta la explosión de la Tierra? ¿Vamos a confiar el destino del planeta a tres hombres sobrecargados, agobiados, que no tienen ni un minuto para reflexionar y que representan los intereses de sus naciones, cuando precisamente a expensas de estos mismos intereses será como la humanidad podrá unirse? La propia función de dichos estadistas los descalifica, en principio, para la empresa de que están encargados, y los lleva a sabotearla. Su oficio mismo los hace ineptos para ver lo que el mundo entero espera. No ven nada; es evidente, puesto que las visiones del porvenir nacen de su ocio intenso. Ahora bien, ellos tienen que recibir diputados...

Sólo una corte internacional, formada por hombres designados popularmente, y que no tendrían otro asunto que considerar el planeta, trataría altivamente a los jefes de estado...

Pero es demasiado por hoy. Y esta carta ya es muy pesada. Antes que usted reciba la siguiente ¡es de desear que los Tres Grandes

no pierdan la cabeza! Porque el hecho es que no hay más que una "Cabeza", como decía, poco más o menos, el malogrado Willkie, y que un error único podría luego enloquecerla para siempre.

DENIS DE ROUGEMONT

(Concluirá)

N O T A S

NUESTRO POBRE INDIVIDUALISMO

Las ilusiones del patriotismo no tienen término. En el primer siglo de nuestra era, Plutarco se burló de quienes declaran que la luna de Atenas es mejor que la luna de Corinto; Milton, en el XVII, notó que Dios tenía la costumbre de revelarse primero a Sus ingleses; Fichte, a principios del XIX, declaró que tener carácter y ser alemán es, evidentemente, lo mismo. Aquí, los nacionalistas pululan; los mueve, según ellos, el atendible o inocente propósito de fomentar los mejores rasgos argentinos. Ignoran, sin embargo, a los argentinos; en la polémica, prefieren definirlos en función de algún hecho externo; de los conquistadores españoles (digamos) o de una imaginaria tradición católica o del "imperialismo sajón".

El argentino, a diferencia de los americanos del Norte y de casi todos los europeos, no se identifica con el Estado. Ello puede atribuirse a la circunstancia de que, en este país, los gobiernos suelen ser pésimos o al hecho general de que el Estado es una inconcebible abstracción¹; lo cierto es que el argentino es un individuo, no un ciudadano. Aforismos como el de Hegel "El Estado es la realidad de la idea moral" le parecen bromas siniestras. Los films elaborados en Hollywood repetidamente proponen a la admiración el caso de un hombre (generalmente, un periodista) que busca la amistad de un criminal para entregarlo después a la policía; el argentino, para quien la amistad es una pasión y la policía una *maffia*, siente que ese "héroe" es un incomprensible canalla. Siente con D. Quijote que "allá se lo haya cada uno con su pecado" y que "no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello" (*Quijote*,

¹ El Estado es impersonal; el argentino sólo concibe una relación personal. Por eso, para él, robar dineros públicos no es un crimen. Compruebo un hecho; no lo justifico o excuso.

1, XXII). Más de una vez, ante las vanas simetrías del estilo español, he sospechado que diferimos insalvablemente de España; esas dos líneas del Quijote han bastado para convencerme de error; son como el símbolo tranquilo y secreto de nuestra afinidad. Profundamente lo confirma una noche de la literatura argentina: esa desesperada noche en la que un sargento de la policía rural gritó que no iba a consentir el delito de que se matara a un valiente y se puso a pelear contra sus soldados, junto al desertor Martín Fierro.

El mundo, para el europeo, es un cosmos, en el que cada cual íntimamente corresponde a la función que ejerce; para el argentino, es un caos. El europeo y el americano del Norte juzgan que ha de ser bueno un libro que ha merecido un premio cualquiera; el argentino admite la posibilidad de que no sea malo, a pesar del premio. En general, el argentino descreo de las circunstancias. Puede ignorar la fábula judía de que la humanidad siempre incluye treinta y seis hombres justos —los *Lamed Wufniks*— que no se conocen entre ellos pero que secretamente sostienen el universo; si la oye, no le extrañará que esos beneméritos sean oscuros y anónimos... Su héroe popular es el hombre solo que pelea con la partida, ya en acto (Fierro, Moreira, Hormiga Negra), ya en potencia o en el pasado (Segundo Sombra). Otras literaturas no registran hechos análogos. Consideremos, por ejemplo, dos grandes escritores europeos: Kipling y Franz Kafka. Nada, a primera vista, hay entre los dos de común, pero el tema del uno es la vindicación del orden, de un orden (la carretera en *Kim*, el puente en *The Bridge-Builders*, la muralla romana en *Puck of Pook's Hill*); el del otro, la insoportable y trágica soledad de quien carece de un lugar, siquiera humildísimo, en el orden del universo.

Se dirá que los rasgos que he señalado son meramente negativos o anárquicos; se añadirá que no son capaces de aplicación política. Me atrevo a sugerir lo contrario. El más urgente de los problemas de nuestra época (ya denunciado con profética lucidez por el casi olvidado Spencer) es la gradual intromisión del Estado en los actos del individuo; en la lucha con ese mal, cuyos nombres son comunismo y nazismo, el individualismo argentino, acaso inútil o perjudicial hasta ahora, encontraría justificación y deberes.

Sin esperanza y con nostalgia, pienso en la abstracta posibilidad de un partido que tuviera alguna afinidad con los argentinos; un partido que nos prometiera (digamos) un severo mínimo de gobierno.

El nacionalismo quiere embelesarnos con la visión de un Estado infinita-

mente molesto; esa utopía, una vez lograda en la tierra, tendría la virtud providencial de hacer que todos antelaran, y finalmente construyeran, su antítesis
J. L. B.

mente molesto; esa utopía, una vez lograda en la tierra, tendría la virtud providencial de hacer que todos anhelaran, y finalmente construyeran, su antítesis.

JORGE LUIS BORGES

ITINERARIO DE POSTGUERRA

MIS AMIGOS DE PARÍS

París, 10 de junio de 1946.

No son muchos: quizá cuatro, quizá seis, puede que más, si cuento algunos que veo con menos frecuencia. En ellos pensaba sobre todo cuando me preparaba a venir aquí, desoyendo todos los consejos, casi haciendo figura de empecinada contra viento y marea. Y hasta de empecinada presuntuosa. ¡Para mí, París habría de realizar el milagro de tornarse habitable! Algo así parecían querer decirme todos aquellos que venían de la ciudad donde según ellos ya nada era bueno, ni las cosas, ni los seres, ni el aire siquiera.

Yo no cejaba en mi decisión. Ellos alargaban la enumeración de males: no hay comida, no hay carbón, no hay agua caliente para el baño; todos los franceses se han corrompido, no hay manera de conseguir una habitación, ni media suela para los zapatos, ni trenes para viajar, ni bondad en los corazones, ni sonrisas en los labios, ni dulzura en el habla. París es una selva donde sólo pueden vivir los que han amontonado millones.

Mi respuesta era invariable: "Yo tengo un París, siempre el mismo, donde nunca hubo lujo en el comer, ni baño caliente en todas las casas, ni oro en las arcas, ni pieles, ni joyas. Un París a la medida humana, hospitalario y generoso. Un París que está cerca del cielo porque vive casi siempre en el sexto piso, en habitaciones llenas de libros y carpetas con recortes de periódicos del mundo entero. Es un París sin traficantes, sin mercado negro. Los que moran en él tienen un jornal de obrero, una paga de profesor o el puñado de francos que reciben cada vez que venden el cuadro que han pintado, la estatua o la cerámica que sale de sus manos.

Yo sé que hay otro París, con bares nocturnos y restaurantes prohibidos.

Son los mismos de antes de la guerra. Algunos han pintado de nuevo sus fachadas, otros han espesado las cortinas que cubren sus cristales. Se cumple en ellos el rito pecaminoso de comer lo que los demás no comen y de beber lo que los demás no beben. El público que los frecuenta es ahora menos distinguido que en el pasado. Los nuevos ricos de la guerra del catorce, afinados y depurados por treinta años de ejercicio de la riqueza, miran con desdén a la nueva promoción: señoras gordas que llevan vestidos que son de seda de verdad, zapatos de cuero de verdad, carteras de auténtica gamuza, sortijas al peso, peinados de peluquería donde se paga el impuesto al lujo, y que explican lo que quieren comer en jerga de profesionales.

Yo no he venido para ver este París, sino el otro, que es el de mis amigos y el mío. Estaba blanco de nieve y con todo el frío que me habían predicho los que le habían abandonado. Mis amigos estaban consternados: "Pensar que no ha nevado en todo el invierno y precisamente el día de tu llegada toca tan mal tiempo". Yo no me atrevía a decirles que esos copos espesos eran un regalo para mis ojos, pero no separaba la mirada de la ventana. Después me eché a andar por las calles silenciosas de mi barrio. Ni una casa nueva, ni una cara nueva. La proa de la casa donde había vivido tantos años seguía enfilada sobre la calle Claude Bernard. El anticuario de enfrente, un viejecito de espesa melena blanca, contemporáneo de la "Commune", faltaba de su tienda. Su hija, casi tan vieja como él, estaba vestida de negro. A pocos pasos de la puerta había una placa de mármol con un florero lleno de flores frescas: "Aquí cayó el 23 de agosto de 1944... combatiendo por la liberación de París..."

Llegué a casa de mi amigo R. Trepé al séptimo piso. La vieja campanilla tenía el mismo sonido que seis años atrás. Salió él mismo a abrirme la puerta. En el cuarto de la entrada seguían los mismos muebles de roble claro. La chimenea de bronce y mayólica no había cambiado de sitio. Con la misma naturalidad de antes me senté a la mesa a compartir su almuerzo. Mi amigo estaba un poco más viejo, un poco más calvo. Los años de deportación se le veían sobre todo en los hombros encorvados y en los ojos hundidos. En su cuarto de trabajo, abarrotado de libros, había el mismo orden, rayano en la manía, que pone en todas sus cosas. Me dijo que dedicaba los sábados y los domingos a trabajar en una huerta que había comprado en los alrededores de París. Que el verano pasado la cosecha de frutas y legumbres había sido muy buena. Más de mil kilos de fresas. Hubo para todos los amigos. Yo le pregunté si no le

convenía vender una parte. Me miró con tal asombro que tuve vergüenza. Después quiso que le contara cómo se vive en Sudamérica, lo que ganan los obreros, lo que cuestan los alquileres, los libros que se escriben. Antes de separarnos tuve que jurarle que estaba bien alojada, que no pasaba frío en mi habitación y que comía lo necesario. “Porque si no, ya sabes, aquí siempre tienes una cama, y de comer, lo que haya para nosotros habrá para ti.”

Por la tarde llamé por teléfono a mis amigos, Edith y Maurice B: “Iré a verles mañana por la tarde”, les dije. Ellos querían que fuese a cenar. Yo me resistía a causa de la escasez reinante. Tuve que acceder finalmente.

Seguían viviendo en el mismo barrio, pero habían cambiado de casa. En la anterior faltaba una habitación para Jeanine, la sobrina que han adoptado. Esta es más clara. Los viejos armarios normandos de madera de cerezo, prodigiosamente tallada, lucen mejor en los cuartos de techos altísimos. Los cobres brillan en las paredes, a ambos lados de la chimenea:

—Hemos recibido las encomiendas de víveres que nos mandaste. Te hemos guardado la manteca salada, el aceite y las conservas...

Yo los riño severamente: — ¿A quién se le ocurre guardar esas cosas para mí? ¿Acaso ustedes nadan en la abundancia?

—Claro que no, pero estamos acostumbrados a carecer de una cantidad de cosas. Tú, en cambio, vienes de un país de mucho comer y no es bueno que te prives bruscamente.

Para agasajarme han desempolvado la vieja botella que sigue durmiendo en la bodega hasta que llega el huésped digno de saborearla. Faltaba, claro está, la ternera asada que Edith sabe aderezar como nadie. El “corned-beef” de mis encomiendas, delicadamente posado sobre un lecho de berros, afrontó valientemente el juicio de una mesa donde se guardan celosamente las tradiciones de la cocina francesa.

Charlamos hasta la hora del último “metro”. Y pasó la hora. Por supuesto tuve que quedarme a dormir. Pared de por medio seguimos charlando hasta la madrugada. Ellos tenían muchas cosas que contarme: la guerra, el éxodo, la muerte de un viejo amigo común, fusilado por la Gestapo. Yo, nada más que la dicha de haberlos recuperado.

La mañana siguiente trajo más nieve y, sobre la nieve, escarcha lisa como el cristal. Una vieja experiencia de las malas caídas en los días de escarcha me hacía marchar muy despacio, tratando de hundir el talón en el hielo, antes

de afirmar el pie. Viéndome indecisa al afrontar una bocacalle, un señor se me acercó solícito: “¿Quiere usted aceptar mi ayuda para cruzar?” Me tendió la mano y yo la acepté con toda naturalidad. Con naturalidad también, hablamos como si nos conociésemos de toda la vida. Yo le conté que venía de la Argentina y él se asombró de que hubiese abandonado un “si beau pays” para venir a Francia y deploró, como si fuese suya la culpa, de que el tiempo fuese tan inclemente. Yo le dije que encontraba el tiempo muy hermoso. Él me dijo con gravedad: “París no es lo que era. Ahora somos muy pobres. Nos hemos vuelto amargos y huraños”. Cuando llegamos a la boca del “metro” estreché la mano que me había conducido, como se estrecha la mano de un amigo que se separa de nosotros.

Por la tarde fuí a ver a R. L., un bretón de ojos de porcelana clara y sonrisa cándida. Los cinco años que pasó prisionero en Alemania no le han cambiado la sonrisa ni las convicciones pacifistas. Edita la misma revista que editaba antes de la guerra e, igual que antes de la guerra, la paga con lo que gana trabajando en cosas que no son de letras. Cuando le conocimos, mi marido y yo, en 1933, vivía en la calle Mouffetard, en una de esas casas de mugre lustrada por los siglos. Tenía allí tres habitaciones asomadas a un patio vetusto y ruidoso. En una de las habitaciones se alzaba una montaña de manzanas cuyas dimensiones no variaban porque cada semana llegaban nuevas de Bretaña. Provenían de la huerta paterna y le servían casi de único sustento. Su casa servía de asilo a cuanto refugiado político necesitaba un techo donde no se pedían documentos. En las otras dos habitaciones había libros y camas, pilas de su revista, mazos de pruebas de imprenta, esculturas negras, cuadros de futuros maestros y mucha gente a cualquier hora del día o de la noche. Todas las naciones estaban representadas.

Ahora R. L. no vive ya en la calle Mouffetard sino en la calle “De la Huchette”. En lugar de tres habitaciones no tiene más que una. La casa es tan vieja como la otra, la escalera tan oscura y desvencijada como la otra y las ratas que la frecuentan cuando se apagan las luces, tan gordas y cínicas como las que se paseaban por la otra. Ningún olor de manzanas contrarresta el olor insidioso a orines de gato y a guisos de pobre que se ha incrustado en las paredes centenarias. En el cuarto, los libros se han comido enteramente los muros. Ni una pulgada sin libros. Mientras espero a L., uno de sus amigos, y también viejo amigo mío, me cuenta por qué raro azar se salvaron todos los libros, y la

mesa con tapa de mármol y las esculturas negras. Sólo las mantas moras sucumbieron. La polilla pudo más que la Gestapo.

L. llega precedido por la clásica "baguette", un metro de pan estrecho al que la guerra le quitó blancura pero le agregó sabor. Su mirada azul se ensancha y se moja de lágrimas. Nos abrazamos largamente: "Yo sabía que volverías", me dice sin soltarme las manos. Después hablamos interminablemente. Cuando quiero irme, se enfada: "Habrás visto, cenarás conmigo". Yo arguyo ocupaciones, él comprende: "Crees que estoy muy pobre, que no tengo comida... Mira, mira, me llegan paquetes del mundo entero. Puedo ofrecerte manteca suiza, tocino holandés, carne del África del Sur, café de los Estados Unidos. La mesa se llena de botes de conserva, de envoltorios, de frascos. Después de cenar tengo que hacer acopio de elocuencia para rechazar las provisiones que se empeña en darme y para cortar el río de café que me privará de sueño para el resto de mis días.

Y tengo más amigos. Tengo a Käte, el ser más puro y más desgarbado de la tierra, el más generoso, el más espléndido también, que viste a una muchedumbre de desarrapados con las ropas que le llegan del mundo entero. Tengo a Hilda, la inglesa que ha dejado en Londres un empleo magnífico para correr por las calles de París en busca de un estudio donde instalar sus caballetes y su banco de carpintero. Y dentro de tres días regresarán de Estados Unidos Marguerite y Alfred. Encontrarán su casita de Perigny saqueada por los alemanes, sin libros, sin piano, sin las viejas cómodas que tenían, todas, tapetes de manzanas olorosas. Pero entre los tres volveremos a levantar la casa. Y veremos otra vez los primeros narcisos en el bosque de Senart en primavera, y la bruma tenue de l'Ile de France en los atardeceres de otoño y el río verde y opaco corriendo al pie del prado todos los días del año.

¿Comprenden ustedes ahora por qué quería yo tanto volver a París?

MIKA ETCHEBEHERE

Libros

POESÍA

CLARA SILVA: *La Cabellera Oscura* (Nova, Buenos Aires, 1945). —

Se cierne sobre la poesía americana una amenaza de confusión nacida de la gran cantidad y calidad de poetisas que la han enriquecido y la enriquecen. Con mayor o menor responsabilidad, infinidad de artículos y varias antologías *ad hoc* nos hablan de lo que se ha dado en llamar la *poesía femenina*, a la que separan del resto de la poesía hispanoamericana y agrupan en una especie de autónoma entidad estética. Federico de Onís, por alto ejemplo, ha transigido con este deslinde al insertar un inciso *Poesía Femenina* al cabo de la sección *Postmodernismo* de su *Antología*, tal vez la mejor que en lengua castellana se haya realizado. Es verdad que Onís aclara, a este respecto, que “sólo las mujeres alcanzan en este momento [postmodernista] la afirmación plena de su individualidad lírica”. Sin entrar al fondo de la afirmación, ella justifica, desde luego, la clasificación adoptada.

Entendámonos. ¿Qué es *poesía femenina*? Comencemos por dejar a un lado sin mayores consideraciones, dada su notoria ineptia, la idea de que esta categoría sea determinada por el solo accidental sexo del creador. Desde un ángulo de serio enjuiciamiento de poesía, sólo puede calificarse de poesía femenina —metafóricamente— aquella donde se encuentren artísticamente y en alta escala representadas las características que espiritualmente conforman a la mujer y la diferencian del hombre. Así encarada, la clasificación conduce a estas conclusiones: mujeres hay que sin vacilar deben escapar del marco propuesto —ejemplos inmediatos: Silvina Ocampo, María Granata, Sara de Ibáñez— y hombres hay que —sin desmedro, desde luego, de su varonía personal— podrían cómodamente ubicarse dentro de él merced a la esencia delicuescente y blandamente sentimental, o bien crudamente instintiva o sensual, de su poesía. Todo lo cual haría resbaladiza, *shocking* y a todas luces inconveniente esta clasificación de base psicológico-sexual. Que, por lo demás, sólo puede justificarse como resabio de una época en que la mujer comenzaba a hacer público su espíritu ante el asombro de una sociedad que, por ese solo hecho, la distinguía, enfocaba y apartaba.

Señalado el punto —sobre el que alguna vez, espero, volveré con más amplitud— se torna más hacedero el anuncio de la publicación de *La Cabellera Oscura*, primer libro de versos de la poetisa uruguaya Clara Silva.

Contra la tradición gacetillera, comenzaré por destacar valores que, no por aledaños de la poesía de Clara Silva, dejan de ser significativos, en cuanto los ha merecido. Me refiero a la pulquerrima presentación material del libro, atribuible a la editorial Nova y a la imprenta López (único reparo: ¿por qué tan desmesurada numeración de las páginas?). Y a una delicadísima viñeta de Seoane, tan clásica y moderna como se pueda concebir. Y, por último, al estudio preliminar de Guillermo de Torre, siempre atento a los valores nuevos. En él se traza una rápida pero completa caracterización de la poesía de Clara Silva, que casi no deja quehaceres a los “otros escoliastas”, salvo la búsqueda de los pequeños lunares —tan compatibles con la femineidad—, tarea que la actitud auspiciosa de todo prologuista en principio excluye. Subrayo este prólogo como de gran valor para los interesados en la evolución última de la poesía, pues contiene, además, en cuatro firmes pasos, su reseña desde 1920 hasta 1945, con sistemática y discreta eliminación de autores y libros. Ellos son: 1) “Álgebra superior de la metáfora”; 2) “Interludio de la poesía pura”; 3) “Poesía de lo irracional”; 4) “¿Y después?” Aunque no se especifica expresamente cuál es la poesía comprendida por el esquema, éste se refiere, naturalmente, a la de habla española.

“Ninguna filiación concreta [dice el prologuista], ninguna influencia absorbente cabría descubrir en sus versos, ni sombra del doble o alternado reflejo —granadino o del Pacífico— a que casi todas las voces juveniles de estos últimos años han sucumbido.” No, ninguna absorbente, pero sí muchas episódicas, heterogéneas y pertenecientes a todos los períodos demarcados por de Torre.

Del ultraísmo, por ejemplo, toma Clara Silva la riqueza metafórica, esa superposición traslaticia que da a algunos de sus poemas la apariencia de un rico material poético a medias utilizado. También los materiales cósmico-geométricos que conforman algunos versos, como éstos, que aluden a la ciudad:

*...se alza tu voluntad sobre la Tierra
sosteniendo la avidez de tus verticales.*

Y algunas imágenes que nos suenan a excesiva, ingeniosamente *pensadas*:

*La luz es tan remota
que, ya, para encontrarla
tropiezan como un ebrio en los umbrales,
la llave entre sus dedos.*

No es que proscribamos lo pensado de la poesía, sino de las metáforas y de las imágenes, cuya cualidad esencial debe ser la velocidad; que, en mayor o menor grado, deben ser como fogonazos. Otras veces, empero, el vigilante intelecto que nunca duerme en esta poetisa, ingenia felicísimas trasposiciones de modos de decir cuasi vulgares:

...perdido el corazón en el cuchillo...

Mucho más eficaz, por cierto, que el eventual cuchillo perdido en el corazón. ¡Cuán poderoso y heridor ha de ser este cuchillo para que, más que traspasar, absorba, subsuma el corazón que está matando! Todos estos matices, más una cierta facilidad para volcarse a lo plásticamente exterior (*Encuentro de la joven y la estatua* —delicioso y prometedor título— y *Tarde de Toros*), integran lo que podríamos llamar la dote ultraísta de Clara Silva.

Las otras dos tendencias reseñadas por de Torre —poesía pura, poesía de lo irracional— tienen un punto de confluencia que es, justamente, su irracionalidad (¿antirracionalidad?) Irracional es, tanto como el balbuceo dadaísta-superrealista, el “estado de raptó o iluminación mística o pseudomística” a que aspira la poesía pura. Sobre ese punto de coincidencia puede decirse que se ha edificado la última poesía hispanoamericana, cuyo más penetrante reflejo es ese que de Torre llama “del Pacífico” por evitar la inevitable cita del senador Reyes. Con esta variante, muy de discernir: en tanto que la poesía trasandina ha acentuado el rasgo ululante (superrealista) de esa poesía irracional, la cisandina ha exaltado hasta lo altisonante su cariz profético, délfico (poesía pura), con algún beneficio de la coherencia del poema. De este carácter no escapa, por cierto, Clara Silva, sino que, por el contrario, se hunde placentera y enteramente en él: el diapasón de su poesía es levantado, engolado, prestigioso, generoso en epítetos y sembrado de palabras con mayúscula. Consecuencia al canto: se desenvuelve con admirable

propiedad en los temas bíblicos, como que señalaríamos sin vacilar *Tú, que volviste de la muerte* (inspirado en la resurrección de Lázaro) como el mejor poema del libro. En otros temas, en cambio, el trascendentalismo no se funde apropiadamente con el material del poema, y produce, en consecuencia, una indeseable sensación de sonante oquedad:

*Detrás de ti yo iba en desventura,
rebelde esclava, asida
al carro victorioso de tu conformidad.*

En este caso y otros, se rompe la armonía entre literatura y poesía que de Torre ve restablecerse en Clara Silva, y que, desde luego, presupone el equilibrio de ambas.

Al mismo sector de valores idealistas corresponde el romántico anhelo de belleza, fuerza y dignidad que trasciende de este libro, y que sirve para oponer a la destrucción de las cosas que la muy contemporánea poesía de Clara Silva percibe y registra, el sentido de la conservación del pensamiento y su exteriorización en las palabras (*Una frente, Sólo están las palabras*). Aparecen ocasionalmente ideas y motivos queridos por Rainer María Rilke: el tema de los amantes (*Los naufragos amantes*), y este *in fraganti* final de *Tarde de toros*:

...y ofrece
la oscura flor, sumiso, de la frente
a aquel que, recogido en sus talones,
le da su propia muerte.

Saltando ahora de Praga a Montevideo, y ante versos como los que siguen, se presenta el agrio recuerdo de un Herrera y Reissig:

larga mesa de fúnebres festines...
Tu cuerpo se extendía

Ofrece este libro, además, una vertiente de civilizada sensualidad, donde vemos aparecer objetos y especialidades sin duda femeninos. Recordemos el ya típico tema de las viejas quintas —encajes, cenefas, espejos—, y, principalmente, la

sección *La cabellera oscura*, y en ella el poema del mismo nombre, el más perfecto entre los que participan de sus características. Y este precioso verso, clásicamente respunteado de tes, que no puedo dejar de citar como arquetipo entre sus semejantes:

Canta el viento nocturno en mis rojas peinetas.

En lo formal, Clara Silva usa el ritmo entrecortado propio de todo un sector de la última poesía. En particular, prefiere el endecasílabo y el heptasílabo, irregularmente interrumpidos por versos fuera de programa. En tren de aproximar esta combinación métrica a un modelo clásico, me atrevería a calificarla como modernísima representación de la silva, donde se insinuaba ya la libertad que aquí llega al extremo. Un detalle curioso: cuidando como cuida de la sonoridad del verso, plácele a la autora quebrar el endecasílabo con la siguiente distribución tipográfica:

*Cifra exacta del azar,
su encuentro...*

¿Rastros de la ingenua neotipografía que practicó el ultraísmo? Creo, más bien, que Clara Silva da a esta modalidad gráfica la sola trascendencia de un signo de puntuación que no impide conservar la unidad rítmica del verso, como lo demuestra la diéresis (prescindible, por lo demás) que, asegurando el hiato, pesa sobre la palabra “exacta”.

Cuesta ahora integrar, barajar de nuevo en su mazo original, todas estas figuraciones poéticas cuyo breve análisis descriptivo hemos intentado. Una vez cerrado el abanico, se presenta ante nosotros un nuevo y estimable valor de la lírica uruguaya contemporánea, clasificable sin duda en la corriente que con el posible acierto se ha denominado neorromántica. Completan esta genérica ubicación una serie de huellas e indicios; ideas, imágenes y palabras consagradas ya por la poesía del último cuarto de siglo. Violentamente irrumpe en esta autora lo que su prologuista llama “espíritu epocal”; éste es, en último análisis, el más fuerte signo distintivo que en *La Cabellera Oscura* se descubre. Todo ello, desde luego, no constituye objeción a la indudable personalidad de su autora: recordemos con Eliot que la verdadera valía de un poeta bien puede estar “donde los poetas muertos, sus antepasados, afirman su inmortalidad con más vigor”. La

originalidad de un poeta es virtud temporal, sólo dependiente de su ubicación en la historia, y, por tanto, intrascendente; dado un análisis suficientemente profundo, el más impersonal e impresionable poeta revelaría su dosis de originalidad. Otra cosa es el talento, y no digamos el genio.

Cerrado este libro, se yergue otra vez en nosotros el deseo de recuperar para la poesía de hoy y de mañana el don del equilibrio, la generosidad y el riesgo de dejar penetrar la vida en ella, entera, sin mutilaciones, sin hipertrofias, y con su necesaria y suficiente posología literaria. Vivimos, o queremos vivir, tiempos de totalidad, ecuménicos, según se ha dicho una y otra vez. Hay en el ambiente americano riquísimas sensibilidades, grandes acumuladores de poesía. Es necesario ahora elaborar ese vasto material, elaborarlo en un triple sentido: más limitada y realizable ambición; más "atención a lo interior" y desatención a los prestigiosos recursos que suministra el medio ambiente literario; mayor concesión a las partes grises y mollares, tan necesarias a la gran poesía, quiero decir, más carne y menos hueso, más belleza con igual verdad.

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO

L I T E R A T U R A G E N E R A L

DAVID HERBERT LAWRENCE: *Cartas* (Imán, Buenos Aires, 1945). —

Precedido de un incisivo ensayo sobre su autor a cargo de quien mejor lo haya conocido, Aldous Huxley, ha publicado Imán este epistolario de David Herbert Lawrence, en la feliz traducción de Narciso Pousa. Son dos tomos precisos en su corrección y en lo medido de su atuendo, que encierran el frenesí vital más lúcido que acaso haya producido la especie.

Nada más interesante que poder comparar la labor literaria de un escritor, destinada por él a la inmortalidad de la Memoria, con la desperdigada al acaso de las imposiciones temporales, y libradas por lo tanto a su destino perecedero. Es como ver el anverso y el reverso de una valiosa moneda. Porque la vida del escritor —la vida del hombre— nutre sus mejores vivencias a expensas de la mortalidad del resto, tal como el relámpago destaca su febril resplandor sobre la pasiva complicidad de las nubes anohecidas.

“No hay gran hombre para su ayuda de cámara” se dijo, y se corrigió: “Siempre que su ayuda de cámara tenga verdadero espíritu de ayuda de cámara”. Las cartas de un gran escritor, que se nos muestra siempre en sus libros desde el ángulo de su apetencia de eternidad, dejan de pronto advertir la trabazón temporal que sustenta su permanencia, a la manera de la radiografía que descubre, impúdica, la falsilla de muerte sobre la que se manifiesta la vida.

Pero la primera revelación, confieso que no del todo inesperada, de este epistolario, es la certidumbre de que en el caso de D. H. Lawrence no hay tal anverso y reverso, ni es concebible esa duplicidad de vida y muerte. Las cartas de este libro son idénticas a los libros del autor de estas cartas. Son, si se quiere, las páginas dispersas de la autobiografía repetida y enconadamente ensayada por el protagonista a lo largo de cada uno de sus libros. La misma impaciencia tumultuosa, la misma densidad expresiva, idéntico desasosiego vital, igual premiosidad de comunicación, de comunión, no de los Santos, sino con el cuerpo total de la humanidad. Una comunión que halla su plenitud en la resurrección de la carne.

Es que la obra literaria apunta por su índole a la Eternidad; pero la generalidad de los hombres, al amparar en su espíritu esa desoladora palabra de salvación, la proyectan invariablemente hacia el futuro: la eternidad es una eternidad por venir, es la fluencia virgen de duración aun no durada. Es en ella donde el poeta ansía que sus poemas lo prolonguen.

Para Lawrence, en cambio, el porvenir carece de sentido. Nadie menos futurista que él, más desengañado de todo progresismo. Léase lo que escribe desde Italia a A. W. Mac Leod a propósito del movimiento futurista:

“Quieren negar toda huella de tradición y de experiencia, lo cual es estúpido. Son muy jóvenes, colegiales y estudiantes de medicina de la especie más escandalosa. Pero me gustan. Sólo que no creo en ellos.” No cree en el futurismo, pero le gustan los futuristas a pesar de sus absurdas teorizaciones que él halla “ultra-ultra-intelectuales”, justamente por lo que tienen entonces (1914) de pujanza irracional. No puede creer en el futuro porque él es sin duda alguna el más radical pasatista que jamás haya existido. Porque para él, la visión de la Eternidad, a la que su obra también aspira, se nutre de esa certidumbre que sólo da el pasado y desconfía de las imposibilidades del futuro. El presente es para él una especie de suelo que se va elevando paulatinamente por la creciente eternidad de pasado que lo sustenta. La Salvación, no hay que esperarla: hay que rescatarla; yace en la oscuridad del subsuelo, soterrada, pero en nuestra sangre perdura la seguri-

dad de su camino. ¿Cómo no iba a encontrar absurdos a los futuristas que pretendían negar la tradición y la experiencia, si experiencia y tradición son los comienzos de la ruta hacia nuestro destino?

Pero son únicamente los comienzos. El ardiente nido de su fénix inmortal se halla más allá de toda experiencia y de toda tradición, porque se halla más allá de todo lo individual, y el yo, y la personalidad, esa excrecencia que rodea lujuriosamente al yo para apartarlo de la realidad, son trabas que hay que superar antes de acercarse a su caliente certidumbre nocturna.

De ahí su apetencia por los pueblos primitivos, los gitanos, Australia, las tribus de indios americanos; su sentido totémico frente a los animales, su adoración de lo fálico que ha de culminar en su obra *Lady Chatterley's Lover*. No es de lo sexual de lo que se trata. Él mismo apunta en su carta a Rolf Gardiner, del 28 de marzo, refiriéndose a esa obra:

“Pero yo protesto de que se la rotule como *sexual*. El sexo es una reacción mental de nuestros días, y un asunto desesperadamente cerebral; y en lo que yo creo es en la real conciencia fálica.”

Lo sexual supone lo individual y, en cierto modo, el regodeo visceral de la lujuria. Es de ahí de donde se eleva en tibio relente de alcoba el lamento posterior al pecado: “La chair est triste, hélas...!” Pero lo fálico es lo anterior al pecado, anterior a la tristeza que el pecado halla en la carne, que sin él resplandece en plenitud. Porque el desvanecimiento del yo, anegado en el poderoso fulgor del instante supremo de lo fálico, resplandece en la auténtica resurrección de la carne, fénix vivificado, donde la cierta eternidad de los siglos vuelve a surgir tumultuosa en su alegría.

Lo sexual procura lo futuro, cuando no se conforma con ser fuego fatuo de un presente fantasmal; pero lo fálico es culminación de lo pretérito en el presente y justificación del presente por la oscura permanencia que lo sustenta. Ahí reside el sentido nocturno anhelado por Lawrence. Su vocación suprema es la vida: “*Mi constancia característica es el amor a la vida. ¿Caro, caro, está bien claro? Porque es lo único a lo que se puede ser constante*”, escribe el 26 de enero a Witter Byner.

La vida brota de él como la llama de la zarza mosaica, sin consumirlo, pero haciéndole arder, y en su fuego, que alcanza sus más altas llamaradas en lo fálico, siente la indivisibilidad del ser. Una llama es inseparable de su hoguera, y aun de otra llama que crepita a su lado: el destino del fuego es arder y, de ser posible,

adquirir conciencia de su propia temperatura, pero en modo alguno inmovilizar la instantánea avidez de una flámula.

Y eso justamente es lo que pretende cada "personalidad". La personalidad, para Lawrence es una concreción que dificulta la libre manifestación de la vida indivisible. Hay que disolver su dureza, que nos rodea impermeabilizándonos, obstruyendo la porosidad de nuestro ser, para que pueda transfundírsenos la vida, para que recobremos en ella nuestra certidumbre.

Es terriblemente dramático el continuado combate de Lawrence con su propia personalidad, que en él adquiriría relieves extraordinarios. Y, paradójicamente, ¡qué modo tan personal en su hurañez es el suyo para abatir a su personalidad! No es la lucha de Jacob contra el ángel: es la ardiente intermitencia del símbolo tan querido por él, del fénix destruyéndose en su propio fuego y renaciendo de sus cenizas. Por su corrosiva sinceridad, no debió ser fácil la amistad de Lawrence, como se advierte en algunas cartas, especialmente en las dirigidas a la Honorable Dorothy Brett. Su amor pugnaz con Frieda, su mujer, que sirve de argumento a muchas de sus mejores novelas, puede advertirse a través de las nobles escaramuzas que se adivinan en algunas páginas. Es que Lawrence siente que brota de su carne una exigencia religiosa, intolerante como toda auténtica religiosidad, y se entrega plenamente a ella. Tiene el heroísmo de no rehuir las últimas consecuencias de su actitud vital, porque sabe que las suyas no son "opiniones" y que, por lo tanto, no pueden ser discutidas, ni toleradas. Se las debe aceptar por completo o dejarlas completamente de lado.

Su asco hacia la personalidad tiene como inevitable corolario el desprecio hacia la propiedad, que no es resultado de tal o cual doctrina económica, o de una actitud sentimental, sino la aceptación viril de la derivación lógica de su modo de ser. Los pronombres posesivos tienen persona, porque propiedad y personalidad son inseparables: la propiedad es la sombra que la personalidad proyecta sobre las cosas cuando se adueña de ellas en su deseo de acrecentarse. Históricamente, la propiedad comienza al mismo tiempo que el ser humano adquiere noción de su ser individual. Tiempo nefasto para Lawrence, tiempo en que lo vital empezó a remansarse en la insalubridad palustre de lo personal. Su desasimiento de toda propiedad, incluso la elemental de la patria, está crudamente expresado en esta carta escrita a Catherine Carswell en julio del 16:

"Fundamentalmente, no *siento* ningún patriotismo. No tengo pasión ni por

mi propia tierra, ni por mi casa, ni por mis muebles, ni por mi dinero.” Y añade: “Luchar por posesiones, por bienes, es lo que mi alma *no hará nunca*.”

Nunca lo hizo, ciertamente. Vivió en una pobreza franciscana limpia de toda posesión, más dispuesto a darse que a apoderarse, aunque la donación que de su ser hacía era terrible de aceptar. Sabía que la Vida es la gran poseedora y que toda retención de sus dones era usurpación; por eso ansió continuamente ser un poseído, y como poseído actuó, es decir, escribió: de ahí el aire demoníaco de sus obras, su nebulosidad de medium que obedece a un mandato ajeno a su yo.

“Es necesario establecer una relación más íntegra entre uno y el universo; y entre uno y nuestro compañero, y nuestra compañera. . . . Debemos expandirnos en una nueva relación íntegra, donde pueda existir el encuentro tanto físico como pasional, como se acostumbra en las danzas y rituales antiguos. Tenemos que aprender a salir y a encontrarnos sobre la tercera tierra, la tierra sagrada.”

Estas palabras de su carta a Rolf Gardiner, en octubre del 26, son el tabernáculo del sacramental sentir de Lawrence. Y la salida, el acceso a la tercera tierra, la tierra sagrada, es justamente el camino que lo fálico advierte en nuestro cuerpo, en la inocencia incontaminada de su carne resurrecta entre sus llamas.

Otra vez la divergencia entre lo sexual y lo fálico: en lo sexual, hay la posesión, con su poseedor y su poseída; en lo fálico, la generosidad de la “relación íntegra”, la sumersión apasionada en las densas lobregueces de lo vital.

Todo esto —que constituye la esencia transfiguradora del mensaje de Lawrence— se encuentra palpitante en sus *Cartas*, tanto o más que en las mejores páginas de sus libros, porque en él no era menester seleccionar las vivencias dignas de perduración, ya que todas ellas descreían de una inmortalidad futura, y no aspiraban a un destino de flores sino a una certidumbre de raíces.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

TRES ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE VIRGINIA WOOLF

E. M. FORSTER: *Virginia Woolf* (Harcourt Brace & Co., N. York, 1942); JOAN BENNETT: *Virginia Woolf. Her art as a novelist* (Cambridge University Press, 1945); DAVID DAICHES: *Virginia Woolf* (Editions Poetry, 1945). —

El arte delicado y complejo de Virginia Woolf, un tanto olvidado durante el tumulto de los años de guerra, vuelve ahora a ocupar a los críticos, empeñados en analizar y racionalizar su encanto irracional. El ensayo de Forster es el texto de una conferencia pronunciada en Cambridge pocas semanas después de la muerte de Virginia Woolf. Habla el amigo y admirador, más bien que el crítico; además, empieza por admitir que la obra de Virginia Woolf, por su riqueza y versatilidad, no se presta a un resumen. Eran muchas las cosas que la interesaban, y estas cosas aumentaban con los años; “era curiosa de la vida y era resistente —sensitiva, pero resistente (tough)”. Entre las tendencias e intereses tan variados de la obra y del carácter de Virginia Woolf hay, sin embargo, un tenue hilo conductor que puede guiarnos: le *gustaba escribir*— y, con respecto a ella, debemos darle a esta palabra su mayor intensidad posible. Le gustaba recibir sensaciones y combinarlas, arreglarlas, acentuarlas o amortiguarlas hasta que surgiera algo nuevo, algo único, que, a pesar de su complejidad, era semejante a la sencilla intuición de que había nacido. Se pregunta Forster cómo es que teniendo Virginia Woolf todas las características del esteta (elige y ordena sus impresiones; no crea tipos; somete su prosa a un dibujo premeditado; no lucha por ninguna causa) evita las trampas del esteticismo y se queda en el mundo real, donde nos hace oír sonidos, oler perfumes y gustar sabores. No sólo su *humour* la salva; elude el Palacio del Arte precisamente porque su trabajo la deleita, la divierte tanto.

Forster encuentra palabras agudas y perspicaces para caracterizar cada una de las principales obras de Virginia Woolf. Desde su primer libro, *The Voyage Out*, se nota su pasión por la verdad —aquí es el ateísmo— y por la sabiduría, que en esta obra aparece bajo la forma de la música; habla del “ahogo inspirado”, del “primoroso zumbir y suspirar que se confiaban a la suerte” (*the inspired breathlessness, the beautiful droning and gasping which trusted to luck*) de los primeros cuentos. Pasando de un experimento a otro, llega en las obras de su

apogeo a realizar lo improbable: adapta con éxito a la novela un método esencialmente poético.

Después de referirse brevemente a su obra crítica, en la que destaca su don de simpatía, especialmente para escritores y obras del pasado, Forster plantea lo que llama el problema de Virginia Woolf. "Sueña, dibuja, hace bromas, evoca, observa detalles, pero no cuenta, no urde argumentos; ¿puede ella crear personajes?" Según Forster, sus personajes tienen "vida en la página", no vida eterna. "Virginia Woolf pertenece al mundo de la poesía y desde su árbol encantado se estira para agarrar algo del fluir de la vida real y con esto construir sus novelas. No se sumerge."

Como Victoria Ocampo, en *Virginia Woolf, Orlando y Cía.*, Forster evoca una Virginia Woolf tridimensional, con su afición a las bromas y a la mistificación, y su vivo interés por la comida (lo cual hace de sus descripciones de manjares algo único en la literatura inglesa). "Nos recuerda la importancia de las sensaciones en un mundo que practica la brutalidad y recomienda los ideales."

En lo que a ideales sociales respecta, Forster deplora la actitud feminista de Virginia Woolf. Le perdona el encantador *A Room of One's Own*, que guarda el "ton de bonne compagnie"; además, sólo se refiere a la situación de la mujer en la literatura. Y ¿qué hombre sensato de la generación de Forster la toma en serio? Pero *Three Guineas* le parece anticuado y pendenciero (*cantakerous*). Uno se pregunta cómo puede ser *cantakerous* la enumeración lisa y llana de hechos sacados de publicaciones oficiales. La verdad es que Forster debió de sentirse molesto y avergonzado por lo monstruoso de algunos de estos hechos, y descargó su malhumor en la autora. En cuanto a la segunda acusación, todos esperamos —y Virginia Woolf hubiera sido la primera— que *Tres Guineas* parezca de veras anticuado lo más pronto posible.

El librito de Joan Bennett —casi una antología: tan numerosas y largas son las citas— es una excelente introducción y un análisis sensible y penetrante —más bien psicológico que estilístico— de las ocho novelas de Virginia Woolf a través de las cuales nos muestra cómo su autora veía y comprendía la vida y en qué valores había depositado su fe.

Es cierto, dice Joan Bennett, que no creó personajes, como lo hicieron los grandes novelistas del siglo pasado, pero su visión del mundo le sugirió otro método. Virginia Woolf no creía que existiera de verdad y una vez por todas lo que

se llama carácter, y por ello sus retratos no se parecen a los que acostumbramos encontrar en las novelas. A este respecto Joan Bennett hace un paralelo interesante y esclarecedor entre la pintura y la novela modernas en lo que atañe a sus efectos sobre los espectadores y los lectores. Tampoco el relato de Virginia Woolf sigue los cánones establecidos. Secuencias, en vez de consecuencias, forman el dibujo y, después de *Night and Day*, sus novelas ya no son relatos. “Pero ¿qué es un relato? Juguetes que tuerzo, pompas de jabón que soplo — un aro pasa por otro. Y a veces dudo que existan cuentos.”

Virginia Woolf no ve ni el amor ni la muerte como culminación o conclusión; sugiere toda la incalculable variedad de las consecuencias de un acontecimiento o sentimiento único en la vida de un ser humano. Sus convicciones éticas, su filosofía de la vida no constituyen un “dibujo palpable”, frases o exhortaciones que se puedan subrayar o recortar, pero toda su obra está inbuída de un sentido claro, exigente y apasionado de los valores.

Propósitos tan distintos de los de sus predecesores necesitaron la elaboración de nuevos instrumentos y toda su obra es la busca de un nuevo vehículo que captara la vida tal como se percibe, tal como fluye, con el aparente desorden de sus innumerables interacciones, recuerdos, anticipaciones, sin el comentario falseador y artificial del narrador. Así obtiene sus mayores aciertos —*Mrs Dalloway* y *To the Lighthouse*, y así su última novela *Between the Acts*, que es como una síntesis entre el drama poético de *The Waves* y la comedia social de *The Years*.

Si en sus trabajos críticos anteriores Daiches había manifestado una tendencia exagerada a considerar la literatura como espejo de la época y del ambiente social, su presente libro —un estudio sereno y meditado— significa un valioso aporte a la literatura crítica —ya bastante copiosa— sobre Virginia Woolf. Daiches es el único de los autores comentados que empieza su libro con una nota biográfica. Describe el pequeño mundo, culto y refinado, en el cual se desarrolló la inteligencia intensamente receptiva de Virginia Woolf, y sugiere una doble herencia — racionalismo londinense, del lado paterno, e intuición galesa, del materno, simbolizados —en varias de las novelas de Virginia Woolf— por la ciudad y el mar.

“Virginia Woolf —dice— pertenece a los escritores que, limitando sus fines, llegaron paradójicamente a ensanchar la definición de la novela más allá de lo aceptado por sus predecesores, desde Defoe a Galsworthy. Con James Joyce

y algunos otros elaboró una nueva técnica para alcanzar objetivos más limitados y a la vez más sutiles.” La nueva técnica, en el caso de Virginia Woolf, consiste en la creación de “una atmósfera interpretativa que destaca el objeto y su valor, su sentido metafísico”. Daiches analiza detenidamente los medios —símbolos, sugerencias, repeticiones, ensueños— empleados para hacer resaltar el tema único de todas las novelas — las interrelaciones del individuo, de la muerte y del tiempo.

Comenta largamente los dos volúmenes que él llama *The Uncommon Reader* donde Virginia Woolf nos hace ver siempre las cosas desde un ángulo original, imprevisto y excitante, y que a menudo sirven para ventilar los problemas de la creación, que tanto la ocuparon. “Crítica impresionista en el mejor sentido de la palabra.” También habla con acierto de su obra biográfica, que asume matices tan distintos, pasando de la desenfadada y robusta fantasía de *Orlando*, por la sencilla animación de *Flush*, a la soltura esmerada de *Roger Fry*.

En fin, pregunta, ¿cuál es la contribución de Virginia Woolf a las letras inglesas? “Ha creado un género de novela en que las reacciones sensitivas personales se objetivan y reciben un dibujo estética e intelectualmente satisfactorio. Es un arte refinado; destila los descubrimientos de una receptividad personal y, proyectándolos dramáticamente a través de la mente de los otros, se empeña en mantener un difícil equilibrio entre el arte narrativo y el lírico.”

En una página conmovedora, Daiches evoca el fin de la gran escritora, que parece simbólico, pues, siempre fascinada por el problema del tiempo, se incorporó al fluir de la vida y desapareció en las aguas de un río inglés.

VERA MACAROV

P. B. SHELLEY: *Defensa de la poesía* (Emecé, Buenos Aires, 1946). —

En escasas figuras de la poesía inglesa —aun dentro del movimiento romántico— es tan difícil reconocer la verdadera naturaleza como en ésta de Percy Bysshe Shelley. Por un lado, se tiene al conmovedor enamorado de Teresa Emilia Viviani; por otro, al tenaz investigador de los defectos del cristianismo. Por un lado, al autor lamentable de unos sonetos perfumados; por otro, al admirable autor de *The Triumph of Life*.

La brevedad de su vida, asimismo, atenta contra quien aspira a discernir el

verdadero valor de la presencia de Shelley en la literatura inglesa; y, así, no siempre el crítico es capaz de convenir con Walter Bagehot en que aquél “realizó cuanto pudo con los materiales que tenía al frente”. Ciertamente es que algunos, los menos —como H. N. Brailsford, Carl Grabo y Herbert Read— han salido en defensa de la inteligencia de Shelley; pero la mayoría de los críticos, sin embargo, persiste en repetir —admirándola o despreciándola— la imagen que de él trazó Matthew Arnold al hablar del “ángel ineficaz”. Admirándola, Francis Thomson ha pintado a un delicioso niño; despreciándola, T. S. Eliot ha dicho que “las ideas de Shelley son ideas de la adolescencia... y el entusiasmo por Shelley es, también, un asunto de la adolescencia”.

Sin embargo, para extirpar esa imagen basta con examinar los escritos en prosa del gran poeta, los ensayos “Sobre el amor”, “Sobre el cristianismo”, el “Examen filosófico de la reforma” y esta gran “Defensa de la poesía”. Sus versos, entonces, se aclaran; y aceptando —lo que es indiscutible— que muchas veces al escribirlos optó por la línea del menor esfuerzo y tradujo con peligrosa rapidez sus arrebatos sensitivos, asimismo se reconoce que poseía una gran inteligencia y un enorme conocimiento de los clásicos. Se comprende, también, cómo un análisis verdaderamente eficaz de su obra es imposible si no va precedido de un estudio de la actitud filosófica y social del poeta.

Escrito de circunstancias (como respuesta a *The Four Ages of Poetry*, ensayo de su amigo, el novelista Thomas Love Peacock), *Defensa de la Poesía* resume, no obstante, admirablemente esta actitud.

Nacido en la época de la gran expansión industrial, Shelley no respondió a este fenómeno con una postura mística, anunciando la Nueva Jerusalén, ni se encerró en la contemplación de las culturas del pasado, sino que —como un auténtico discípulo de Godwin— reaccionó planteando la necesidad de una transformación social en cuya base coloca a los poetas, a quienes vió como los legisladores que el mundo no reconoce.

Un año antes de la publicación de la *Defensa*, en 1820, ya había escrito, en el prefacio a *Prometheus Unbound*, que “los poetas, del mismo modo que los filósofos, los pintores, los escultores y los músicos son, en un sentido, los creadores, y en otro, las creaciones de su época”. Y este ensayo no es, en lo esencial, sino un desarrollo de aquella tesis o, como se diría actualmente, una interpretación sociológica de la literatura; pero de las primeras, y una de las más agudas.

Así es cómo debe interpretarse la *Defensa de la poesía*, que vista de otro modo

—como investigación estética— desmerece al lado de la *Biographia literaria* de Coleridge o del *Prelude* de Wordsworth. Pero cuando Shelley escribió, lo que estaba en discusión no eran las doctrinas poéticas, sino la importancia misma de la creación poética (“el poeta es un salvaje en el mundo civilizado”, decía Peacock); y, a ese respecto, su trabajo posee hoy tanto mérito como cuando fué escrito.

En esta época que tanto siente la necesidad de una auténtica actitud humanista, el hombre de letras puede recoger en la *Defensa de la poesía* una siempre valiosa muestra de ella, porque cuando Shelley defendió la poesía, lo que estaba defendiendo era, básicamente, la naturaleza humana; y si definió a la poesía como “el testimonio de los mejores y más felices momentos de las mentes mejores y más felices”, no se detuvo allí, sino que consideró a todos los poemas escritos como los “episodios de ese gran poema que todos los poetas, como los pensamientos cooperantes de una gran mente, han construído desde el comienzo del mundo”.

E. L. REVOL

FILOSOFÍA

JOSÉ FERRATER MORA: *Variaciones sobre el espíritu* (Sudamericana, Buenos Aires, 1945). —

Ha habido épocas de feliz inconsciencia metafísica en las que se llamó filosofar al ingenuo discurrir en torno a las cosas de la naturaleza. Cada vez que se deslizaba la apremiante sospecha de que también existía algo diferente de los objetos físicos la razón reducía a mentira la tremenda realidad del espíritu. Es cierto que también ha habido en todo tiempo contemplativos intranquilos por esta intangible presencia de lo espiritual; pero su impronta en el pensamiento de Occidente, aunque honda, no dibuja el camino más transitado por nuestra historiografía filosófica.

Al referirnos a los filósofos del espíritu sería correcto discernir por lo menos dos especies: la de aquellos que se han ocupado de explorar la totalidad del alma individual —no cerrada en sí misma sino abierta hacia lo trascendente—

y la integrada por quienes han visto en el espíritu una instancia supraindividual distinta de lo anímico. Entre los primeros puede congregarse una rica tradición mística, de la que sin embargo sólo es lícito considerar auténticamente filosófica aquella parte que no niega el saber racional, por ejemplo el neoplatonismo. Entre los segundos cabe contar la orientación aristotélico-averroísta y, en otro sentido, a Hegel y a algunos de sus secuaces del siglo XIX y de nuestros días. Al pecado de intelectualismo en que cae casi toda esta segunda corriente, se añade en muchos contemporáneos el vicio de conceder desmedida importancia al hecho de la objetivación. Han nacido así filosofías del espíritu que se agotan en una teoría de la cultura donde falta la intimidad del protagonista, como una representación de *Hamlet* sin el príncipe de Dinamarca o, en el mejor de los casos, con el príncipe pero sin los soliloquios.

En su concepto de lo espiritual Ferrater Mora parte de algunas ideas fundamentales de Hegel y Scheler, pero insinúa proyecciones que estos filósofos probablemente no previeron. Al hablar, por ejemplo, de una tradición que no habrá de justificar su existencia por su ser sino por su valer, expresa con frase muy sugestiva que “entre el alma y la conciencia acaso haya que decidirse últimamente por el alma...” La significación precisa de la frase queda en la penumbra, como casi todo lo decisivo sobre el espíritu, porque Ferrater prefiere esbozar, indicar al paso, temiendo que la pausada anatomía y su correspondiente expresión taxativa corrompan la esencia misma de lo espiritual. Este rasgo revela a un mismo tiempo la finura del autor frente a su delicado objeto y la insuficiencia de las vías filosóficas para adentrarnos en él. Siente entonces la razón el freno de su tensa atadura, que acaso sólo otra y difícil dimensión del espíritu pudiera cortar. Creemos que Ferrater participa de esta idea y que, por ahora, como Pascal en tantos fragmentos de su trunca apología, quiere decirnos todo lo que puede decirse razonablemente del espíritu, y al mostrarnos cuán poco, destacar la inconmensurabilidad de esta gota de razón en el mar inabarcable de lo espiritual. Gota en el mar, porque la razón es sin duda espíritu, aunque el espíritu sea mucho más que razón. De aquí la dignidad y tragedia del junco pensante concebido como ser racional; mas no necesariamente si lo concebimos como algo que es menos o que es más que razón. ¿Cuál es, por ventura, el destino último de este ser anfibio, hermanastro de ángeles y bestias? En similares encrucijadas nos abandona Ferrater premiosamente. “Abandono difícil, aunque inexcusable si se quiere conservar una mediana cautela. Pues por grande

que sea la voluntad de contención hay cosas en las que, ya iniciadas, no cabe contenerse, cosas ante las cuales la palabra y su poder no hacen sino flotar misteriosamente sobre un último y abismal fondo de espíritu, impotentes, pero hechizadas. Es lo que ocurre siempre que la palabra oculta, además de una significación, una esperanza." Esta última voz ha quedado así como eslabón suelto al final del ensayo para suspender de él nuevas escalas hacia el reino del espíritu. Desde que Platón indicó los límites de la dialéctica al preferir ante ciertos temas la gracia de un mito, no es demasiada osadía sugerir que se adviene al espíritu en alas de algo que incluye la esperanza. Pero éste es el momento en que —también ha de creerlo Ferrater Mora— el hombre cesa de hablar en filósofo.

Ferrater, el primero de una nueva generación que nos ha hablado filosóficamente acerca de las cosas más decisivas de esta vida, parece decirle a la contenida confesión de su esperanza: todavía no.

JUAN ADOLFO VÁZQUEZ

JOSÉ CASTILLEJO Y EL PROGRESO CIENTÍFICO Y CULTURAL DE ESPAÑA

Hace ahora un año que falleció en Londres, en el exilio, uno de los hombres a quien debe más el movimiento científico y cultural de España, el profesor José Castillejo. Su nombre no es muy conocido del gran público, pues una de sus características era la de no querer aparecer en el plano de la publicidad; pero todos los que están familiarizados con el desarrollo de la ciencia y la educación españolas saben cuánto le deben a este organizador infatigable. Su misma desaparición, como la de tantos españoles exilados —Blas Cabrera, Pío del Río Hortega, Enrique Díez-Canedo, Joaquín Xiráu, etc.—, ha pasado casi inadvertida fuera de los países en que últimamente vivieron. El destino ha querido que estos hombres, a quienes tanto debe la cultura hispánica, tuvieran que abandonar sus labores en el solar nativo y no pudieran volver a él para terminarlas.

José Castillejo perteneció a la generación que siguió inmediatamente a los desastres del 98, y que tuvo como uno de sus lemas la "europeización de España". Los tres siglos y medio de aislamiento respecto al mundo culto habían producido un gran retraso dentro del desarrollo científico general. Existían en España cierta-

mente algunos hombres geniales como Don Francisco Giner y Don Santiago Ramón y Cajal, que venían luchando para incorporar a su país a ese movimiento; pero sus esfuerzos habían quedado reducidos a la esfera individual y no podían dar el rendimiento de otras personalidades que trabajaban en condiciones más favorables.

Cuando se produjo el movimiento de regeneración nacional a comienzos del siglo —cuyo hombre más representativo fué Don Joaquín Costa— se trató de romper la muralla que circundaba a la cultura de España facilitando la producción de los hombres de ciencia existentes y sobre todo tratándose de formar nuevos investigadores. Para ello era necesario crear una institución que, alejada de los vaivenes de la política y de las trabas burocráticas, coordinara los esfuerzos aislados de los científicos y les procurara los medios para desarrollar sus trabajos. Con este objeto, Don Francisco Giner propuso la fundación de una institución oficial autónoma, que fué creada, en 1907, con el nombre de “Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas”, por el ministro liberal Don Amalio Gimeno, juntamente con otra “Junta de educación nacional” para la reforma pedagógica que también necesitaba España. Al poco tiempo sobrevino una de las frecuentes crisis políticas que ocurrían en España, y el ministro conservador que sucedió a aquel redujo la autonomía y los medios de la primera y suprimió la última, hasta que un nuevo ministro liberal, el Conde de Romanones, volvió a dar a la Junta científica la autoridad y los recursos originariamente proyectados, aunque no se atrevió a restablecer la Junta de educación por temor a los elementos clericales.

La Junta tuvo por presidente, hasta su muerte, al hombre a quien debe más la ciencia española, a Ramón y Cajal, y estuvo integrada por otros hombres de ciencia, como los señores Bolívar, Torres Quevedo, Menéndez Pidal, etc., todos los cuales prestaron su colaboración con el mayor desprendimiento. Pero el motor esencial de ella fué durante veinticinco años José Castillejo.

Castillejo y los hombres que le ayudaban hicieron de la Junta para ampliación de estudios el órgano principal del movimiento científico de España. Las Universidades habían quedado en el mismo retraso que el resto de la vida oficial hispánica, limitándose a realizar una labor docente bastante defectuosa y a conceder títulos profesionales. Los pocos profesores que investigaban lo hacían fuera de los centros oficiales. Por otra parte, los alumnos no encontraban más estímulo para su labor que la preparación para los exámenes. Para acabar con esta situa-

ción, la Junta empezó por crear un sistema de becas para el estudio y la investigación en los centros más reputados del extranjero, gracias a las cuales más de dos mil profesores y estudiantes pudieron perfeccionar o aprender los métodos del trabajo científico y gracias a las cuales se pudo renovar la labor de la enseñanza y la investigación en las universidades españolas.

Pero no bastaba con enviar afuera los estudiantes y los profesores; era necesario que a su regreso a España pudieran encontrar los medios y los centros necesarios para aplicar y desarrollar lo que habían adquirido. Con este fin, y también para facilitar la misión de los investigadores existentes, se creó una serie de instituciones científicas del mayor valor y que son ampliamente conocidas fuera de España, como el Centro de Estudios Históricos, el Instituto de Física y Química, el Instituto de Histología, el Seminario de Matemáticas, el Instituto Nacional de Ciencias Naturales, etc., cada uno de los cuales formó un plantel de investigadores que prosiguieron la labor de sus maestros y realizó una serie de investigaciones y publicaciones que podían compararse con las de las otras instituciones del extranjero.

La labor de la Junta y de Castillejo —ambos nombres son inseparables— no terminó en España. Gracias a la certera visión de un eminente español residente en la Argentina, el Dr. Avelino Gutiérrez, fué posible organizar, por medio de la Cultural española y de la Junta, un intercambio cultural con este país, merced al cual pudieron venir a dar cursos y conferencias algunos de los hombres más destacados de la ciencia y la cultura españolas.

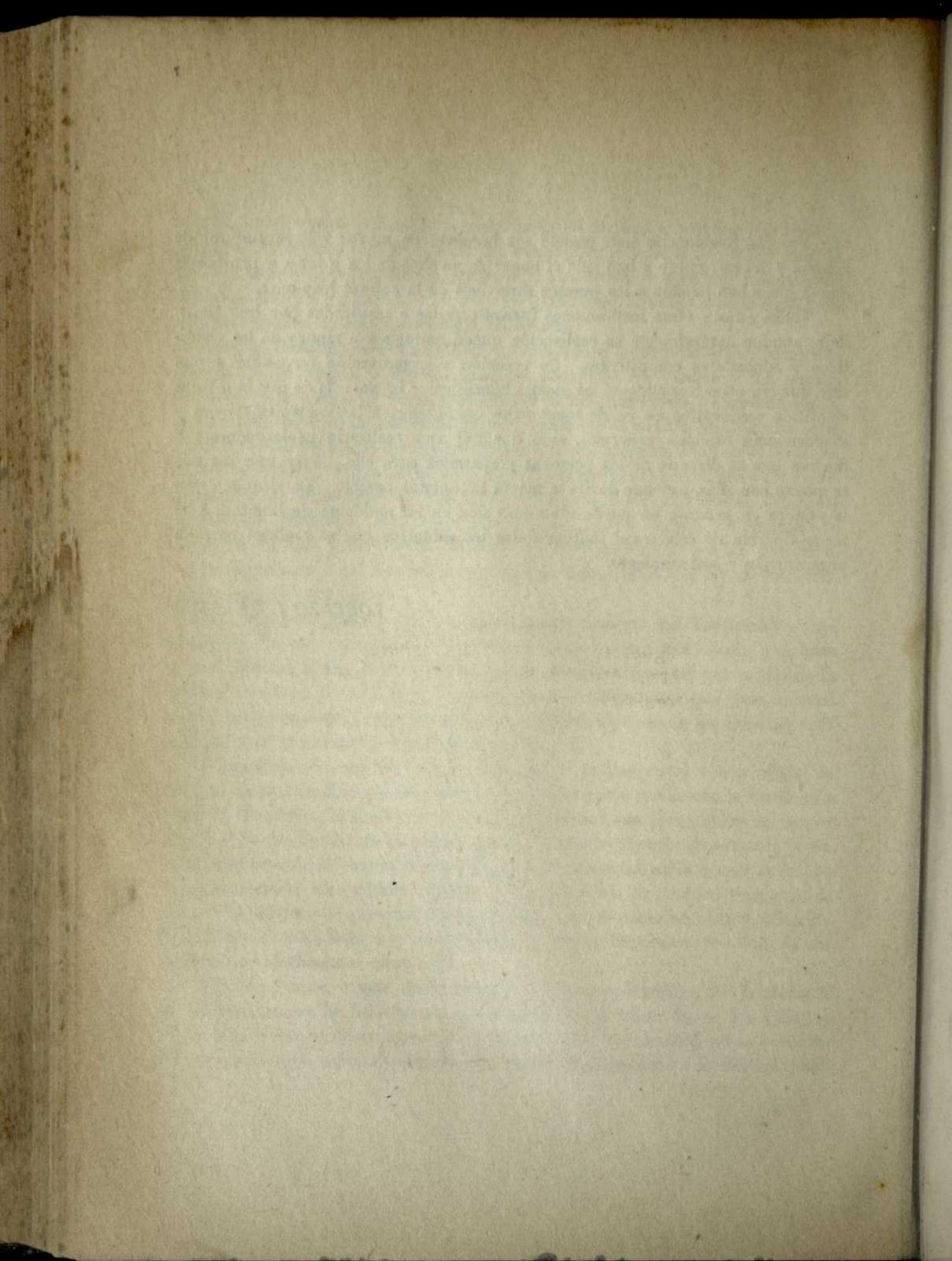
Comprendiendo que era también necesario realizar en el orden oficial la reforma de la educación que en el campo particular venía realizando la Institución Libre de Enseñanza, la Junta creó una serie de instituciones pedagógicas del mayor interés. Entre ellas figura en primer lugar el Instituto Escuela de Segunda Enseñanza, una especie de escuela modelo o mejor experimental, en la que se aplicaron y perfeccionaron los mejores métodos de la educación de nuestro tiempo, a la vez que se formaba el personal docente para los demás establecimientos oficiales. El Instituto Escuela llegó a ser el tipo sobre el cual la República creó después sus mejores establecimientos educativos.

Tan importante, o más, desde el punto de vista pedagógico, fué la creación de las Residencias de Estudiantes, que resucitaron la tradición de los Colegios medievales y renacentistas españoles, y en las cuales los alumnos no sólo encontraban un albergue material refinado, sino también una atmósfera intelectual inten-

sa. Por las Residencias han pasado los hombres de mayor relieve cultural de España y del extranjero y han sido el hogar de muchos de los jóvenes y profesores que después han llegado a los puestos directivos de la cultura hispánica.

Todas estas y otras instituciones fueron creadas o inspiradas por José Castillejo, aunque naturalmente su realización quedó entregada a manos de los científicos y educadores competentes. Su creación y organización respondió a una idea que era poco frecuente en las mentes hispánicas y latinas: la de que la mejora científica y educativa no puede tener éxito confiándola a las reglamentaciones y disposiciones oficiales generales, sino que hay que realizarla paulatinamente a medida que se dispone de las personas preparadas para ello. Pero una vez que se cuenta con ellas, hay que darles la mayor autonomía posible. La ciencia, como la cultura en general, no puede vivir más que en un ambiente de libertad, y si no se disfruta de ésta serán inútiles todos los esfuerzos que se realicen para su organización y sostenimiento.

LORENZO LUZURIAGA



ESTE CIENTO CUARENTA Y UNO NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
PRIMERO DE JULIO DE MIL NOVE-
CIENTOS CUARENTA Y SEIS EN LA
I M P R E N T A L Ó P E Z
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REP. ARGENTINA